

# ORIENTACION

REVISTA  
POLITICO-MILITAR  
XII DIVISION





# Granadas de Mano

Por MIGUEL CID DE DIEGO

## GENERALIDADES

Podemos definir las granadas de mano como armas de combate próximo, cuyo alcance depende de la destreza y condiciones del granadero, oscilando entre los 25 y los 40 metros.

Por la forma de producirse la explosión, podemos dividir las granadas a percusión, de encendido directo (mecha) y de encendido por un artificio (espoleta). Las primeras y las últimas son las más ventajosas, ya que pueden ser empleadas por todos los individuos, cosa que no ocurre con las de mecha, cuyo lanzamiento exige mayor presencia de ánimo. Por sus efectos, se dividen en explosivas, fumígenas o incendiarias.

Por su empleo táctico, las dividimos en ofensivas y defensivas, distinguiendo un tipo que participa de ambas y que se emplea contra los tanques y carros blindados o de acompañamiento de la Infantería.

Las ofensivas se caracterizan por tener un radio de acción relativamente corto (hasta 15 metros), justificado por la necesidad de emplearlas en el ataque, cuando el tirador no puede disponer de una defensa que le ponga a cubierto de sus efectos. Por esta misma razón, carecen de metralla, y sus cascos son de hojalata. Son, principalmente, armas de más efecto moral que material, y su objeto es producir una cortina de humo y polvo que dificulte la visibilidad al enemigo, al propio tiempo que con sus explosiones, generalmente muy fuertes, se contribuye a desmoralizarle y hacerle abandonar sus posiciones.

Las granadas ofensivas más corrientes, y que se describen en esta obra, son: *Granada Castillo* (mecha), *Laffite* (percusión), *Tipo "O"* (espoleta).

Las granadas defensivas tienen el casco de hierro fundido, que al romperse por la explosión se convierte en metralla, y su radio de acción suele llegar hasta los 100 metros. Esto se explica, ya que por emplearse en la defensiva se pueden lanzar a cubierto, o sea estando los tiradores protegidos por obstáculos que impidan sean tocados por la metralla. Cuando se han de lanzar sin esta protección o con una imperfecta, el tirador deberá arrojarla al suelo inmediatamente después de lanzarla, esperando la explosión en esta posición.

Las granadas más usuales de este tipo son las *tipos "F" y "D"*, ambas con espoleta.

Las granadas antitanque están generalmente formadas por un cuerpo de hojalata, con una fuerte carga de explosivo, corrientemente dinamita, con objeto de producir una explosión potentísima, que inutilice el carro sin posibilidad de dañar al tirador.

Como precauciones generales para todas las granadas, se observarán las de preservarlas de la humedad y el calor, no quitar los mecanismos de seguridad hasta el momento de lanzarlas y tratar los detonadores y espoletas con gran cuidado, manteniéndolos separados de las granadas hasta que se vayan a emplear.

## GRANADA DE MANO "LAFITTE" (Lámina 1.ª)

Es una granada ofensiva, a percusión, cuyo radio de acción eficaz es de unos ocho metros. Es, principalmente, un arma de gran valor por su efecto moral, ya que produce una gran detonación. Su carga está formada por 200 gramos de nitramita, y su peso total es de 250 gramos.

Está formada por el cuerpo, artificio de toma de fuego y mecanismo de seguridad (Láminas 2.ª y 3.ª)

**Cuerpo:** Es un cilindro hueco, de hojalata, pintado de gris, que lleva en una de sus bases un tapón, y en la otra dos, uno de los cuales es mayor que el otro. El más grande sirve para introducir la carga; el pequeño tapa el alojamiento del percutor y se corresponde exactamente con el tapón de la base opuesta, debajo del cual se aloja el detonador. En sentido transversal del cuerpo tiene un alojamiento en forma de embudo para el mecanismo de seguridad, y alrededor de la boca de este alojamiento hay cuatro ojales para paso del fiador, que sujeta la chapa de seguridad.

**Artificio de toma de fuego:** La componen el percutor y su muelle, que se aloja dentro de él, y el detonador.

**Mecanismo de seguridad:** Está integrado por el seguro y contraseguro, y el caballete, chapa y fiador de seguridad. La chapa y el caballete van unidas a ambos extremos de la cinta.

**Seguro:** Es un cilindro que toma forma cónica en uno de sus extremos, lleno en su interior de limadura de hierro. Por su parte más ancha se apoya en el percutor, impidiéndole avanzar, y por la base más estrecha, en el contraseguro.

**Contraseguro:** Es una chapa de hojalata, doblada, que se coloca sobre el seguro, para impedir que se salga éste, arrollándose encima la cinta.

**Caballete de seguridad:** Es una tira de hojalata, doblada en forma de "M", con las patas dobladas hacia afuera, y se coloca en la ventana correspondiente del cuerpo, de forma que se apoya en el doblez de las patas y queda interpuesta ante el percutor. Al caballete va atada la cinta por uno de sus extremos.

**Chapa de seguridad:** De hojalata curvada, con cuatro ventanas, por las que salen los ojales del cuerpo, y una referencia. A la chapa va atado uno de los extremos de la cinta. Esta se arrolla al cuerpo de la granada para sujeción del seguro, contraseguro y caballete, y sobre ella se coloca la chapa.

**Fiador de seguridad:** Es de alambre, en forma de horquilla, con una anilla para extraerlo. Sirve de sujeción a la chapa de seguridad, pasando sobre ella a través de los ojales del cuerpo de la granada.

**Detonador:** Es un tubo de latón, cerrado por uno de sus extremos, en el cual va el pistón, y en el otro extremo lleva una substancia oscura, que sirve de aislante a la trilita que contiene como multiplicador.

## PREPARACIÓN Y LANZAMIENTO

Se destornilla el tapón que va solo, introduciendo debajo de él un detonador con el pistón hacia dentro. Se coge la granada de forma que el pulgar apriete fuertemente en la referencia de la chapa, y con la otra mano se saca el fiador, lanzando la granada de forma que vaya girando sobre su propio eje, para facilitar la caída de la cinta. La explosión se producirá al caer la granada al suelo o chocar en un obstáculo.

## FUNCIONAMIENTO COMBINADO DE LOS MECANISMOS

Al lanzar la granada, a la que antes se ha quitado el fiador, cae por su peso la chapa, arrastrando la cinta que se desenrolla a favor del giro que lleva la granada, cayendo el contraseguro y el caballete, quedando entonces el percutor sujeto tan sólo por el seguro, que saltará al chocar la granada contra algún obstáculo, en cuyo momento avanza el percutor, impulsado por su muelle, hiriendo al detonador y produciendo la explosión.

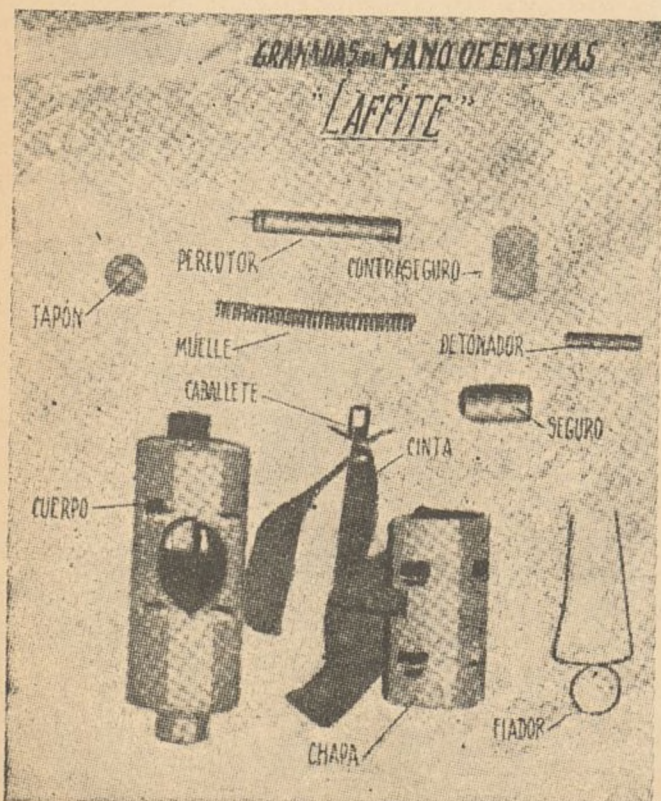


Lámina 2.ª

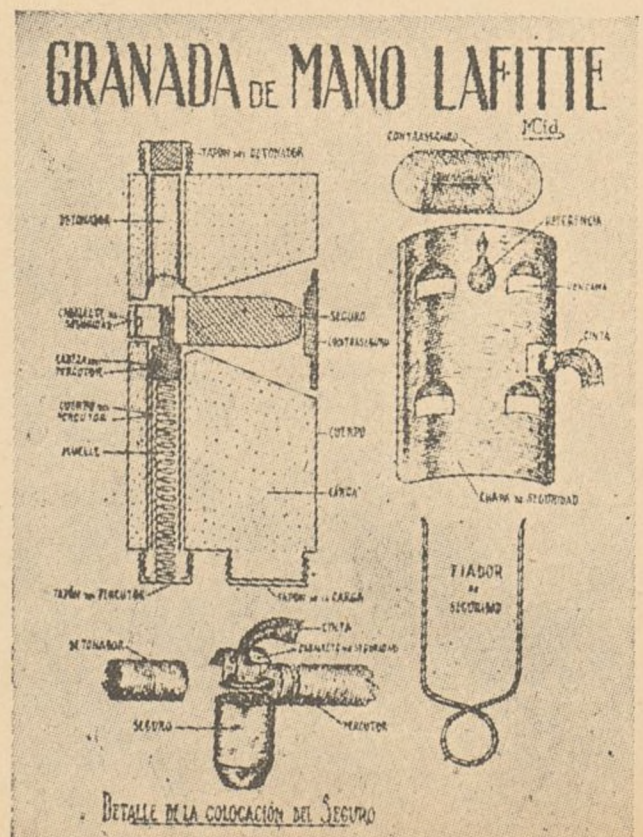


Lámina 3.ª





# ORIENTACION

REVISTA  
POLITICO-MILITAR  
XII DIVISION



## FLORACION DE LA CONCIENCIA INTERNACIONAL

Aunque muchos pretendan conseguirlo, a nosotros nos queda el convencimiento de que no han de lograrlo. La verdad ábrese paso, con toda su fuerza, en el ámbito internacional. Desde el principio de nuestra lucha hubo un interés marcadísimo por parte, no sólo de los que se sublevaron, sino incluso de los que en el extranjero les animaban o con ellos simpatizaban, en presentar el movimiento rebelde como una demostración de españolidad. Eran o pretendían ser los que, alarmados de las cosas que acontecían en el interior del país, se levantaban airados contra ellas y llegaban en su decisión hasta las más remotas formas del sacrificio y de la abnegación. España llevaba camino de convertirse en una prolongación del régimen soviético. Todos los atributos de nuestra condición hispánica y democrática eran arrollados al paso de la ola comunista que nos invadía. Y el peligro del bolchevismo se esgrimió por todo el mundo como un argumento de fuerza que justificara el alzamiento militar acontecido. Y un ambiente de confusión o de ignorancia en torno a lo que ocurría en el interior de España se fué formando en el extranjero. Procuraron presentarnos, a todos los españoles que ni simpatizamos ni ayudamos al movimiento rebelde, como una mezcla horrible de bolchevismo y de barbarismo. Las tribus que allá en Oceanía exhiben aún las formas ancestrales de su primitivismo eran mucho más humanas y comprensivas que nosotros. Todos los medios de propaganda del fascismo nacional e internacional han estado siempre listos desde el 18 de julio, no pudiendo dar abasto para la campaña que se propusieron realizar. Noche y día las ondas invisibles de la radio fascista cubrían todos los espacios, lanzadas con el infame propósito de desprestigiar al régimen republicano y a los hombres que lo defendían. Fué tan insistente la campaña y con tal profusión de detalles atendida, que no tiene nada de particular calase en no pocos sectores del exterior del país. Como consecuencia de ello, la República tropezó con muchas dificultades para desenvolverse en sus relaciones internacionales. Pero esto ya se va acabando. A conseguir colocar el régimen republicano en aquel ambiente de prestigio y de verdad que le corresponde han cooperado muchos y muy valiosos elementos. Primerísimamente, nosotros tenemos que colocar el esfuerzo realizado por los hombres encuadrados en el Ejército. A medida que nuestras unidades militares han ido formándose y presentándose al combate al enemigo en la forma como hemos sabido hacerlo hasta demostrar que habían de luchar, no contra unas hordas como ellos presumían, sino contra un Ejército regular, eficaz y eficientemente estructurado, la atención del mundo ha ido parándose en los elementos que integraban la acción defensiva de la República y estudiándolos minuciosamente. De otra parte, las organizaciones sindicales y políticas se han dado a un intenso trabajo de atracción en el extranjero de las fuerzas liberales y progresivas. No han desaprovechado oportunidad para suscitar, unas veces, reuniones de las Internacionales Obreras, y otras, asistir a las ya producidas, para los delegados decir, con la elocuencia que encierra toda verdad, cuál era nuestra situación dentro de la República y cuáles los móviles ciertos y fidedignos que habían impulsado a la sublevación a los elementos militares contra el Estado republicano. La consecuencia de todo esto ha sido que la República se colocase ante el mundo en la situación que le correspondía y que quienes tienen tantos rasgos de afinidad con nosotros se decidiesen a depararnos la atención y la colaboración que necesitamos y que merecemos. Y la colaboración merecida, por lo menos por parte del proletariado, se nos ha prometido con una solemnidad que esperamos plasme pronto en rasgos eficaces. El proletariado francés, después de la última reunión de la C. G. T., está dispuesto a así hacerlo. En Inglaterra y Norteamérica se han formado varias Comisiones de ayuda a España, con las que se aspira a mitigar los rigores de una nueva campaña de invierno en la zona leal. En Bélgica, un fuerte movimiento de opinión obliga al Gobierno a no decidirse resueltamente a mandar un representante suyo cerca de la Junta de Burgos, porque se entiende por el proletariado de aquel país que no se deben sostener otras relaciones diplomáticas de las que se tienen establecidas con el legítimo Gobierno de España. Todas estas circunstancias nos permiten augurar una plena floración de la conciencia internacional en pro de nuestro movimiento. El ha de salvar a España y ha de limitar en el mundo los propósitos expansionistas del fascismo. La opinión liberal así lo va reconociendo y se dispone a prestarnos la colaboración que merecemos. Nosotros, que siempre hemos estado seguros de que al fin esto habría de acontecer, saludamos con la natural satisfacción este alborar de la verdad en los horizontes de todo el mundo.

## ESPIAS Y TRAIADORES AL SERVICIO DE LA INVASION

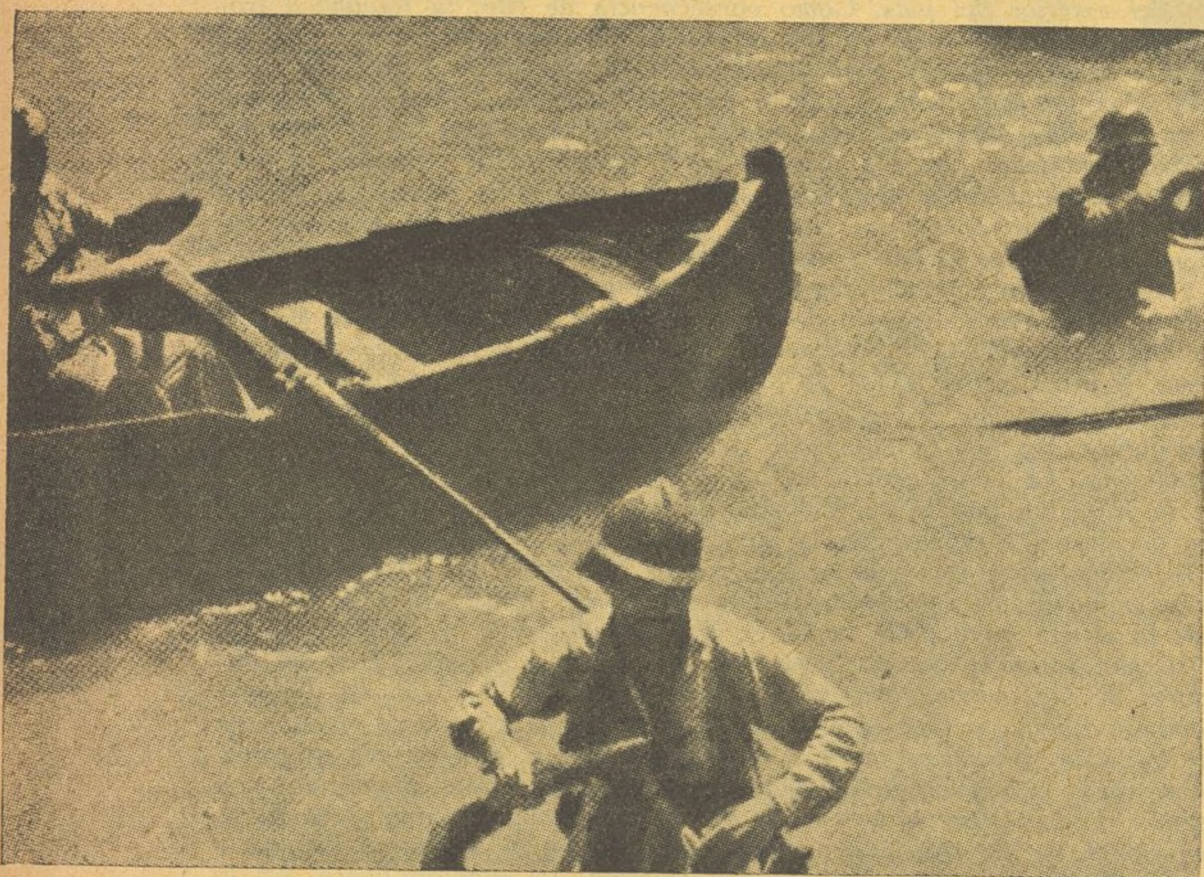
Una nota de la Presidencia del Consejo de Ministros nos lo ha dado a conocer. En Barcelona se ha descubierto una amplia red de espionaje. El trabajo llevado a cabo por el Servicio de Investigación Militar ha sido verdaderamente ejemplar. Más de 400 espías al servicio de la invasión han sido descubiertos, capturados y castigados inflexiblemente por los Tribunales de

la República. Tan ejemplar como el servicio ha sido el castigo impuesto a los traidores. La nota de la Presidencia del Consejo de Ministros así nos lo dice: "De la gravedad de los delitos da muestra el haber cerca de doscientas penas de muerte impuestas y sancionados otros doscientos procesados con condena de treinta a veinte años de internamiento". Queremos resaltar la importancia que esto encierra. Y más que por dar a conocer el servicio prestado, que en sí es importantísimo, por la lección que esto tiene para todos los combatientes. El enemigo procura por todos los medios extender en la zona leal una amplia red de espionaje que le dé a conocer la situación de todos los objetivos que a él le interesan atacar. Principalmente aquellos que pueden producir la desmoralización en nuestra retaguardia. Esos son sus objetivos principales. De ahí esos bombardeos continuos y sistemáticos que se realizan en las poblaciones de la retaguardia, donde vilmente son asesinados los niños y las mujeres españoles por las fuerzas de la invasión. La ingenuidad y la despreocupación de que muchas veces hacemos gala los luchadores antifascistas les sirve admirablemente a los espías para conocer con todo detalle la situación, calidad y cantidad de nuestras fuerzas; la de nuestros depósitos de combustible y munición; la de la red y potencialidad de nuestras fortificaciones, etc., etc. Con una gran habilidad, y aprovechando principalmente el elemento femenino, el enemigo extiende sus tentáculos por el territorio republicano con el deseo de aprisionar todos los datos que le puedan interesar para sembrar la destrucción y el pánico entre las fuerzas antifascistas. Convencidos nosotros de ello y aleccionados por esta nueva banda de espías y traidores descubierta, debemos precavernos bien de nuestro cometido y no disponernos a ser juguete de nadie. Todos los conocimientos que tengamos de la situación de los frentes y de aquellos cuantos datos puedan interesar al enemigo deben ser cuidadosamente callados y reservados en lo más profundo de nosotros mismos. Esto lo debemos hacer con responsabilidad y por humanidad. La responsabilidad que nos incumbe como luchadores antifascistas y la humanidad de que debemos hacer gala en todos los actos para no consentir que por un desliz o por una imprudencia nuestra se llegue a consumir uno de tantos crímenes de los que diariamente viene realizando la aviación italoalemana.



# LA BATALLA DEL EBRO

Por ANTONIO ESCRIBANO

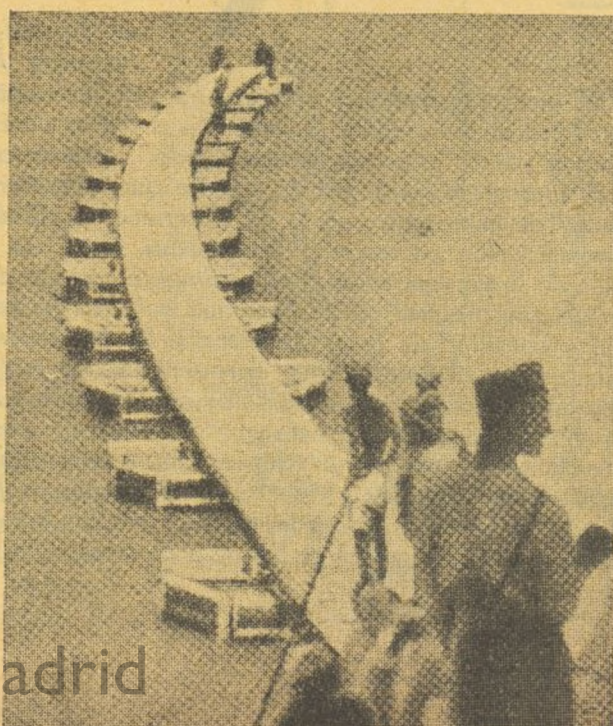


En la antología de los episodios gloriosos realizados por el pueblo español en defensa de sus libertades patrias ocupará un lugar de honor lo que ya pasará a la Historia como "la batalla del Ebro".

No importa que las circunstancias de la guerra hayan hecho que se vuelva a repasar el río. Por ello no pierde importancia el gesto victorioso de cruzarlo. El éxito de las operaciones del Ebro reside, fundamentalmente, en el hecho de pasar la cinta de agua con la pericia empleada por nuestras tropas. En la noche del 24 al 25 de julio varios millares de hombres armados acometieron la audaz empresa de salvar el más caudaloso de los ríos españoles. Mediante pasarelas, con barcas, a nado, como les fué posible, nuestros soldados se lanzaron contra el enemigo que guarnecía la orilla del río. La acometida fué rápida y contundente. Los facciosos apenas pudieron repelerla. Cuando quisieron reaccionar, las armas republicanas habían conquistado grandes extensiones de terreno, importantes nudos de comunicaciones eran nuestros y varios pueblos quedaron rebasados.

Las operaciones del Ebro causaron una profunda sorpresa en el extranjero. Nuestro Ejército se reveló ante los ojos de los espectadores internacionales como una fuerza adiestrada en la lucha y poseedora de un singular dominio de la técnica militar. Los círculos militares de Francia, Inglaterra e incluso Alemania no pudieron ocultar la formidable impresión que les produjo la heroica acción del Ejército popular.

Este episodio glorioso será siempre un estímulo para todos los soldados españoles. El paso del Ebro constituye un símbolo de ciencia militar y de emoción patriótica. De nada hubiera servido lo uno sin lo otro. En las guerras se ha de complementar el fervor con la inteligencia. A los Estados Mayores no les basta organizar empresas geniales si no van a tener luego el concurso de una fuerza humana arrolladora. Por suerte, esta dualidad de condiciones se da hoy en nuestro Ejército. "La batalla del Ebro" no será una epopeya aislada en la antología histórica de nuestras armas. Nuevos hechos heroicos—para ellos hemos de prepararnos afanosamente todos los días—constituirán la cadena de triunfos que nos dará la victoria definitiva.



Ayuntamiento de Madrid



El Comisario debe saber exactamente cómo vive su Unidad, en qué piensa, cuáles son sus preocupaciones, sus deseos, sus necesidades, para llenar unas y satisfacer otras a su debido tiempo.

# TAREAS DEL COMISARIO

Tuvo que venir el 18 de julio de 1936 para descubrir la traición de los que se llamaban defensores de España: la mayoría de los militares que llevaban la dirección del Ejército español se ponen enteramente al servicio del alto clero, de la banca y de los grandes terratenientes. Y sus armas, que eran del pueblo y estaban para su defensa, son levantadas para asesinar a éste, completamente desorganizado e inerme.

Pero el pueblo español, rico en valor, en ansia de libertad y en capacidad creadora, se lanzó a pecho descubierto a tomar las armas en aquellos reductos donde se cobijaba el militarismo podrido de nuestro país. Es entonces cuando se crean las gloriosas Milicias y cuando empieza la guerra de independencia más grande de la Historia.

En estas Milicias es donde aparece el comisario. Son quienes integran este Cuerpo hijos del pueblo que no buscan otro fin que el de redimir a su clase, que llevan al soldado por el camino de la mayor comprensión, por el que corran menos peligro.

Son estos hijos de España los que habían de hacer penetrar en las conciencias de la legión de hombres que componían estas Milicias la necesidad de crear un Ejército potente, capaz de resistir todos los envites de los ejércitos pretorianos exóticos, transformando para ello las mentalidades antimilitaristas, para hacer de sus poseedores perfectos militares, satisfechos de serlo. Son los que tienen que vaciar en el cesto de los papeles inservibles e inútiles toda una larga vida de preocupaciones e ideales, para consagrarse al servicio de los intereses patrios. Es entonces cuando el comisario comienza su gran tarea, su magnífico trabajo: crea escuelas para impedir que existan analfabetos, da con su ejemplo en el combate el estímulo para crear bravos soldados, enseña a

estudiar a éstos la forma de evitar la provocación y el espionaje en sus propias filas, mantiene vivo en su ánimo el espíritu de la victoria, y día tras día le va convenciendo de la justeza de la línea marcada por nuestro Gobierno.

Con su ejemplar disciplina de hierro y con sus dotes persuasivas empleadas con gran tacto, hace que ésta sea aceptada con gran cariño, y crea en el soldado una firme confianza en el Mando, como Ejército alguno jamás la tuvo en nuestro país.

En el combate, cuando la pelea es dura, el Mando ordena como jefe de la unidad, y el comisario estudia cuantos problemas puedan acarrearle perturbaciones en su desarrollo, y se resuelve en forma de consejos, prevenciones, advertencias, cuidados y noticias de interés.

La función de preparar comprende el cuidado constante de la moral de sus tropas; y he aquí donde el comisario entra de lleno en su función. No bastaría la acción del Mando, dada la complejidad de las necesidades que solicitan su atención, si no contara con la colaboración del comisario para relevarle de tal in-

quietud (o absorberla en su mayor parte) en un desdoblamiento de su personalidad.

El mando militar dicta órdenes de indeclinable cumplimiento. El comisario, que sabe que la cualidad principal del soldado es la obediencia, se encarga de hacerla comprender y ejecutar conscientemente, al amparo de esta disciplina que ya el soldado acepta por autoconvencimiento, o que, en caso contrario, es incrustada en su cerebro mediante la acción persuasiva del mando político.

Pero para esto el comisario ha de tener un tacto especial. Todos los soldados no son iguales, y es preciso tratarlos en su peculiar idiosincrasia.

El comisario que no se limite al trabajo burocrático y no tome su oficina como fundamental para su gran tarea, vivirá constantemente o cuanto pueda con el soldado; y con su ayuda y la de sus colaboradores conseguirá conocer bien a sus fuerzas y dedicar a cada uno el lenguaje y el trato más apropiado.

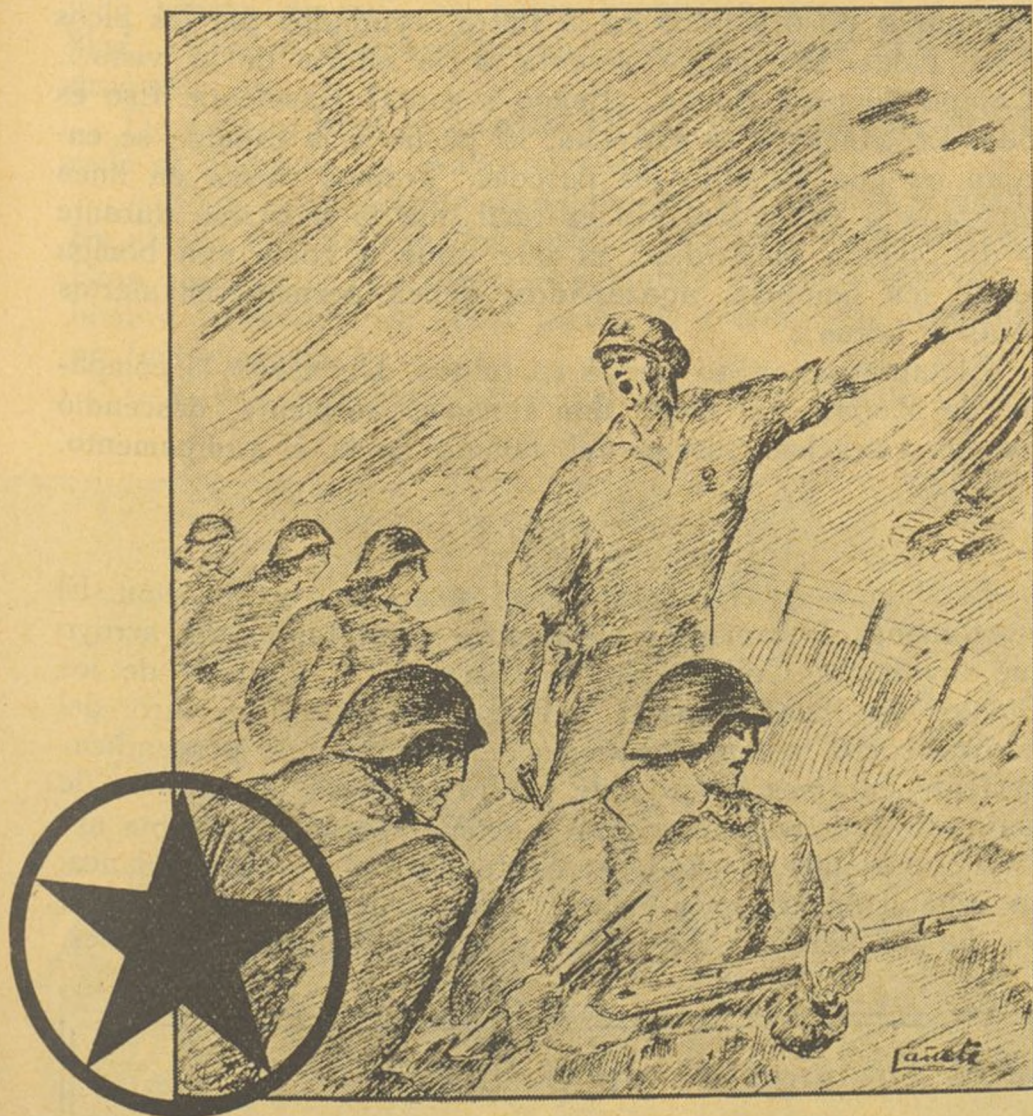
Millares de veces se dice que no es el mismo trabajo el que hay que realizar con el campesino y con el obrero de la ciudad. Si esto se tiene en cuenta, es de imprescindible necesidad conocer la psicología de todos sus hombres para que su trabajo tenga la mayor efectividad.

A su alrededor no deben perdurar retraimientos ni sombras, actitudes recelosas ni actividades oscuras. Unas palabras de afecto, una incansable solicitud por los problemas de orden moral darán cuenta de muchas inquietudes y evitarán el desaliento, las evasiones y otros daños que de ellas se derivan.

Debe de tener muy en cuenta el fomentar el estímulo entre sus soldados; premiar a quienes se destaquen en el buen cumplimiento de sus deberes, el buen comportamiento en todos los órdenes; poniendo de manifiesto los numerosos casos que en nuestro Ejército, como exponentes de una ejemplar conducta, existen.

La observancia de estas directrices y de otras muchas cuya exposición preferimos dejar para trabajos sucesivos han sido y son las forjadoras de la magnífica ejecutoria de los comisarios.

MARTÍN ALCALÁ RUIZ.



VISADO POR LA CENSURA



# Zapadores

Por E. FERNÁNDEZ

La noche estaba muy oscura. No había luna y una niebla espesa mojaba las manos y el rostro. La compañía de Zapadores iba en fila compacta, muy próximos los hombres unos de otros para no perder el compás. El camino, recién abierto para facilitar el tránsito de los carros y camiones, estaba completamente encharcado y los pies se hundían en el



fango casi hasta el tobillo. No se veía nada. De vez en cuando la larga fila de los Zapadores se detenía. De un extremo a otro sonaba única en la noche la misma voz repetida doscientas veces. "¡Alto, alto, alto!" "¿Qué hay, qué ocurre?", preguntaba alguno. No había ni ocurría nada, sino que la estrecha senda, imposible de ver, la habíamos perdido. A derecha e izquierda salían dos zapadores, o un teniente, o el comisario, a explorar el terreno. Otra vez en marcha, lentamente, en la penosa ascensión. La proximidad de los hombres entre sí hacía con frecuencia chocar las herramientas, lo que producía un leve tintineo conocido por los centinelas que ya no nos daban el alto ni pedían la consigna, limitándose a responder ellos mismos a su propia pregunta:

—¿Zapadores? ¡Adelante!

Y continuábamos escalando la montaña que la densa niebla había convertido en un cenagal.

Cuando comenzamos a trabajar, la noche era tan cerrada

que no se distinguían los surcos que el pico había trazado en la tierra reblandecida. Se hacía necesario seguir con la mano, a tientas, sobre los terrones arrancados de cuajo, la ondulación o el zizás que marcaban la trinchera.

Sólo brillaban cruzando rápidas el cielo, verdes y rojas, las balas que las ametralladoras disparaban en ráfagas de un lado a otro. Se trabajaba en un silencio absoluto. Los hombres profundizaban cada vez más. La tierra, pesada y fría, formaba una masa compacta, ruda de mover para los picos y las palas. Había que ahorrar energías. Por eso el silencio. Sólo, de vez en vez, silbaban las balas sobre nuestras cabezas, con luz instantánea, verde o colorada.

Hacia el amanecer, la luna se decidió a salir, luciendo entera como un gran botón de calzoncillo pegado en el cielo. Una escarcha finísima, que blanqueaba nuestros hombros y los pliegues de los capotes, reemplazó a la niebla de la noche. Los zapadores estaban agotados. Podían distinguirse, enfrente, las lomas de las posiciones enemigas. Con la amanecida se abrió un fuego más intenso por parte del enemigo. La luz lunar producía unas extrañas reverberaciones sobre la humedad que sufrían los hombres y el campo.

Fuimos advertidos de que el enemigo tanteaba un ataque. Hubimos de dejar libres las trincheras a la Infantería. Los soldados se arrastraron hasta los agujeros; otros corrieron por las zanjás de evacuación hacia los parapetos; se cambió el emplazamiento de las máquinas. Las zanjás, las trincheras y los emplazamientos eran el fruto de nuestro trabajo. (Nos enterramos poco a poco en la tierra, ayudados por los picos y las palas. Un metro sesenta, a la altura de la vista... ¿Campo de tiro? Bueno. ¿Fuego rasante? Excelente. Eso es todo. La trinchera es estrecha. El pecho y la espalda se encajan en ella rozando las paredes. Tramos cortos en línea quebrada o en ondas. No es fácil que la aviación, durante el día, pueda ametrallar; ni que atine a colar una bomba donde los hombres, agazapados, deben permanecer alertas horas y horas).

El tanteo enemigo quedó en tanteo. De nuevo la compañía de Zapadores, como una inmensa serpiente, descendió por las estrechas curvas del camino hacia el campamento.

Estábamos en el Infierno. Esto quiere una explicación. El campamento lo teníamos enclavado en el fondo del arroyo que dividía el Collado de los Diablos. Al Collado de los Diablos le llamábamos el Infierno. A un lado y otro del arroyo, como inmensas paredes, alzábanse casi perpendicularmente enormes bloques de piedra arcillosa, levantados de cuajo sin duda por un remoto movimiento sísmico. Había nevado copiosamente y todo se confundía bajo la nieve blanca. La vegetación era muy escasa. Aliagas punzantes y romero. De día las perdices que salían ateridas quedaban inmóviles,

Fortificando, podremos impedir que el enemigo dé un paso más.



## La fortificación aumenta la eficacia de nuestras armas.

asaetadas de muerte por el frío. Muchos zapadores habían comido perdiz, fácilmente cazada por las manos. Lucían, todo a lo largo del arroyo, infinidad de pequeñas hogueras, en torno a las cuales grupos reducidos de soldados trataban de burlar el frío. Pero sólo lo lograban a medias. Las palmas de las manos extendidas sobre la lumbre y el rostro abrasado por su proximidad formaban un violento contraste con la pobre espalda aterida. Ni el Infierno había podido escapar al tremendo temporal de nieve. Los escasos arbustos tenían que someterse a una lenta operación antes que pudiesen servir para hacer fuego. El agua del deshielo chorreaba sin cesar de las altas paredes de arcilla, o vertiase desde lo alto de las rocas precipitándose en cascadas diminutas, que al confundirse en el arroyo formaban aluvión. Las fuerzas que guarnecían aquellas posiciones eran de Infantería de Marina, Infantería de Marina a 1.400 metros sobre el nivel del mar. En torno a una hoguera, decía un marino:

—Los esquimales viven en viviendas de hielo y no tienen frío.

—Pero tienen pieles y, además, están acostumbrados—le respondió un compañero.

Un zapador que estaba con ellos sabía algo más de los esquimales:

—Las noches en el círculo polar—agregó—duran seis meses.

—¡Pobres zapadores, si tuvieseis que fortificar allí!—se compadeció un marino. Y el fuego iluminó la gran carcajada en que estallaron todos.

Según me acercaba a mi chavola, oí, cada vez más clara, una canción gallega, entonada a coro. Era una conocida canción popular, cantada a dos voces.

*"Pol-o rio avaixo vai  
unha troita de pé..."*

Apoyándome en el cayado logré subir por la nieve hasta donde cantaban cinco hombres. Como siempre, marinos y zapadores. Al verme a mí se levantaron. Pero preferí cantar con ellos. Sólo uno era gallego, y los cinco de profesión marineros. El gallego y yo nos hicimos buenos amigos. Se llamaba Juan. Era de Palmeira, y cuando los falangistas le detuvieron en su escondrijo dijo a su mujer: "Desde el otro lado sabrás de mí". Se había propuesto pasar a nuestras filas... y pasó. Por eso pudimos cantar juntos aquella madrugada.

De pronto, Juan se levantó. Había olfateado algo. Su mirada se fijaba en un grupo próximo al nuestro.

—¿Qué están asando aquéllos?—se interrogó a sí mismo. En efecto, uno de aquéllos sostenía una pala sobre el fuego. Eran zapadores. Los otros se cuidaban de mantener viva la lumbre quemando sin cesar ramas de romero que despedían un fuerte aroma.

—Vamos a estropearles el banquete—dijo Juan. Y se di-



rigió resuelto hacia el grupo. Pero no pudo estropearles nada. Los hombres limitábanse a derretir un montón de nieve. Tenían sed.

Una larga caravana de camiones transportaba el batallón de Zapadores. El Rabudo es una cuesta endiablada. Estuvimos allí en diciembre, cuando las grandes nevadas. Los chóferes tienen que llevar serenos el volante, con los cinco sentidos puestos en su misión; sólo así las curvas violentas y siempre los seis kilómetros de pendiente al borde del abismo se quedarán con ese deseo irresistible de atraer hacia sí brusca, vertiginosamente al vehículo veloz que sube trepidando o desciende envuelto en polvorientas explosiones de silencio, como ahora nos ocurre a nosotros.

Vamos fuertemente agarrados unos a otros. El viento nos rechaza como una ola inmensa. Un compañero, señalando el valle, grita: "¡Las cocinas, las cocinas!" No hay ninguna cocina. Es una imagen con la que hace volver a nuestro recuerdo el tiempo en que estuvimos allí, y lo que señala con el dedo es el lugar donde estuvieron montadas las cocinas. Pero allí, en lo hondo del valle inundado de sol, no hay ninguna cocina. Sólo entre el borde de un largo camino ondulado y el río se yerguen paralelos los altos álamos blancos; unas masías y pajares dan señales de vida humana. El resto no es más que campo verde y pelado. Luego el río se desvía hacia un desfiladero, y dos líneas férreas que se extienden amigas durante varios kilómetros van separándose paulatinamente a todo lo ancho de la gran llanura cerrada por montañas. Ahora es el mes de abril. Numerosos rebaños de cabras pacen en las cumbres de los picachos pedregosos. En la lejanía, las piedras y los animales se confunden en su inmovilidad y en su blancura.

La caravana se detuvo en un pequeño poblado. Antes de descender del camión, un soldado me llamó a gritos. Lo reconocí en seguida. Nos acercamos uno al otro. Abrazos, risas. Era uno de los amigos que cantaban gallego una madrugada de nieve. Le pregunté por los otros compañeros. ¿Y Juan?

Pero no podía detenerme. La caravana se ponía en marcha. Olía a gasolina, brillaba el sol y los motores trepidaban.

—¿Juan? Quedó allá, ¡no lo volveremos a ver!—me explicó, gritando cada vez más. Movía sus brazos en el aire y su silueta fué borrándose rápidamente hasta confundirse por completo con todo lo lejano.

Después permanecí con los ojos cerrados, apretados los labios, durante mucho tiempo. Pensé en su mujer, en Palmeira, en sus palabras: "Desde el otro lado sabrás de mí".

Fortificando, consolidamos la resistencia  
y con ésta alcanzaremos la victoria.







"Las primeras cualidades de un soldado son la constancia y la disciplina; el valor figura en segundo término."

NAPOLÉON.

Hermosas frases que, acopladas a la actualidad de nuestra guerra, hacen que adquieran ante nuestros ojos todo su verdadero valor.

¡Constancia! ¡Disciplina! Palabras mágicas que, al llevarse a la práctica, hace que se vislumbre cada día con mayor esplendor nuestra próxima victoria sobre las hordas invasoras.

¡Constancia! ¡Disciplina! Pílares en los cuales se asienta nuestra resistencia, ante la que día tras día se estrellan las embestidas producidas por la codicia de los soñadores de imperios. Y continuarán estrellándose si, poniendo en ejecución las palabras antes repetidas, y que motivan el presente artículo, organizamos concienzudamente la defensa de nuestras posiciones, pues el fin de la misma es conservar el terreno, a pesar de los ataques que el enemigo nos infligiera, desgastándole todo lo posible para, al ser contraatacado, derrotarlo en su totalidad.

En la defensiva, por tanto, hay una idea encubierta de ofensiva, y a ello debe tender todo trazado de trincheras, trabajo que en las mismas se ejecute y la perfecta organización de los cuatro elementos que se ponen en juego en la defensiva: el terreno, el fuego, el movimiento y la moral.

Vamos hoy a ceñirnos exclusivamente al primer elemento, al objeto de estudiarlo lo más detenidamente posible y poder dar sobre ello las normas claras y precisas que, al ser ejecutadas, nos darán una perfecta organización de nuestras posiciones situadas hoy a la defensiva.

Para muchos de los lectores de esta revista no será un secreto el que una posición fuertemente organizada deberá constar de dos zonas en lo que a fortificación se refiere.

Primera. Posición avanzada.

Segunda. Posición de resistencia.

Estas, a su vez, se subdividen en las siguientes líneas:

Posición avanzada: línea de obstáculos, línea de vigilancia y línea de resistencia.

Posición de resistencia: línea principal de resistencia, línea de sostenes, línea de reservas, zonas de observatorios, zonas de ocupación de artillería, posición de enlace y segunda posición.

Esta serie de líneas sucesivas son las que constituyen las posiciones, formando el sistema total que difícilmente romperá el enemigo si los que la guarnecen y defienden tienen el alto concepto que merece el DEBER.

Ahora bien, ¿qué misión tiene asignada cada una de las líneas que más arriba transcribimos? Veámoslo.

#### POSICIÓN AVANZADA

Previene anticipadamente la aproximación del enemigo a la posición de resistencia para evitar el choque directo con ésta, dándole el tiempo suficiente para adoptar el dispositivo de combate previsto por el Mando.

**Línea de obstáculos naturales.**—Aquellos propios de la Naturaleza y de difícil acceso o franqueo por el hombre o sus elementos, tales como ríos caudalosos, terrenos pantanosos, escarpados y pendientes pronunciadas.

**Artificiales.**—Los contruidos por la mano del hombre, pudiendo clasificarse éstos a su vez en activos y pasivos.

**Activos.**—Minas automáticas y de voluntad, alambradas eléctricas,

# LA DEFENSIVA

Por J. LUIS VAZQUEZ

fogatas pedreras y todo aquello que, no solamente obstaculiza la marcha del adversario, sino que le causa bajas o le aniquila.

**Pasivos.**—Comprenden éstos los más numerosos, entre ellos los pozos de lobos (arma de dos filos cuando no se conoce con exactitud la situación de ellos por las fuerzas que se encuentran en posición, pues podría resultar el cazador cazado cuando éstos se viesan obligados a salir de sus posiciones al contraatacar), alambradas, zanjas antitanques, talos artificiales, etc.

**Línea de vigilancia o escalón de vigilancia.**—Lo constituyen pequeños puestos o avanzadillas, situados unos de otros a distancias que pueden enlazar con la vista, dominando todo el campo que se le ha designado para evitar alguna infiltración enemiga.

Tienen por misión conservar el contacto con el enemigo; asegurar su vigilancia inmediata; dar la señal de alarma sin pérdida de tiempo en caso de ataque; evitar el ser envueltos o caer prisioneros, incluso entablará combate hasta poder efectuar su repliegue al

**Escalón de combate o línea de resistencia.**—Esta línea de la posición avanzada la integran unidades de compañías, secciones o pelotones, cuya situación es escaqueada, quedando de esta forma protegidos mutuamente con sus fuegos respectivos de flancos.

La misión designada a esta línea pueden ser dos: aceptar combate sin idea de repliegue o ir oponiendo una resistencia limitada, en un tiempo determinado, al avance del enemigo, hasta su repliegue a la posición de resistencia, retardando sistemáticamente la progresión del enemigo.

Si la misión asignada es la primera que se consigna, las fuerzas que ocuparán esta línea deberán organizarse con miras a la realización completa de su cometido, teniendo muy presente los siguientes preceptos:

Primero. Colocar todas las defensas accesorias posibles que impidan el paso al enemigo o se lo obstaculicen. Si no se contase con los medios necesarios, se utilizarán en su sustitución hasta aquellos más rudimentarios, pero que de una forma eficaz suplan a los efectivos.

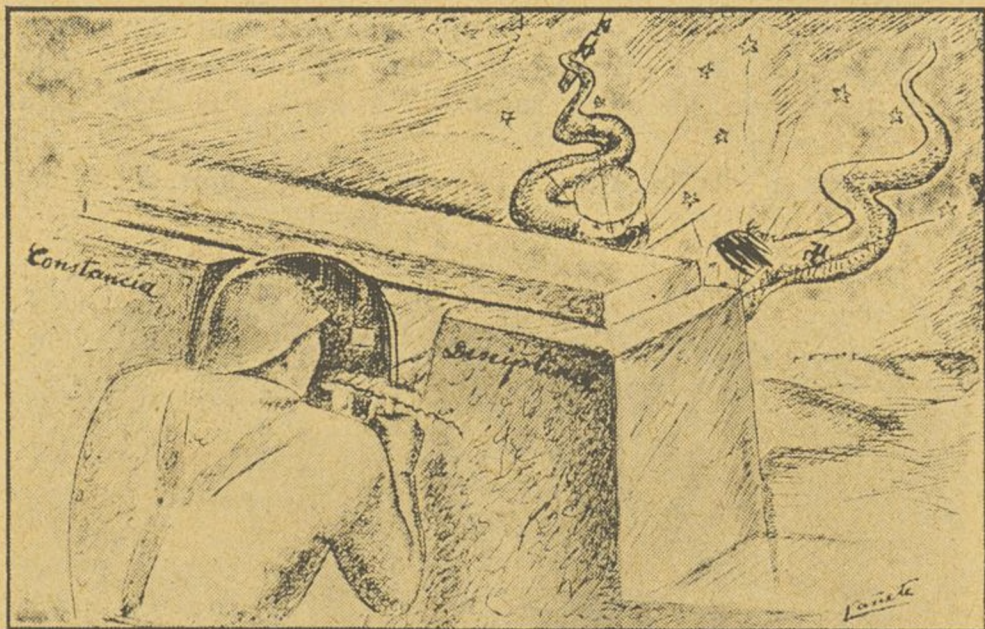
Segundo. Se construirán abrigos para la tropa en condiciones tales que puedan soportar el fuego de la artillería enemiga, sea ésta del calibre que fuere. En soportar indemne estas masas de fuego con que el enemigo suele preceder sus ataques depende la conservación de esta posición.

Tercero. Dotar a las fuerzas de munición y víveres capaz de resistir el asedio o cerco durante unos días. El hecho de verse envuelto o rebasado jamás debe ser el pretexto para abandonar la posición. Esto no se hará sin orden escrita del escalón superior.

**Escalón de reserva.**—Se denomina así a la prolongación que a consecuencia del orden escaqueado adoptasen las fuerzas de la línea de resistencia hacia retaguardia, y lo constituirán las reservas de las unidades que ocupasen la posición avanzada. En todas circunstancias, y siempre que haya de aceptarse el combate, las reservas deberán establecerse próximas al escalón de combate.

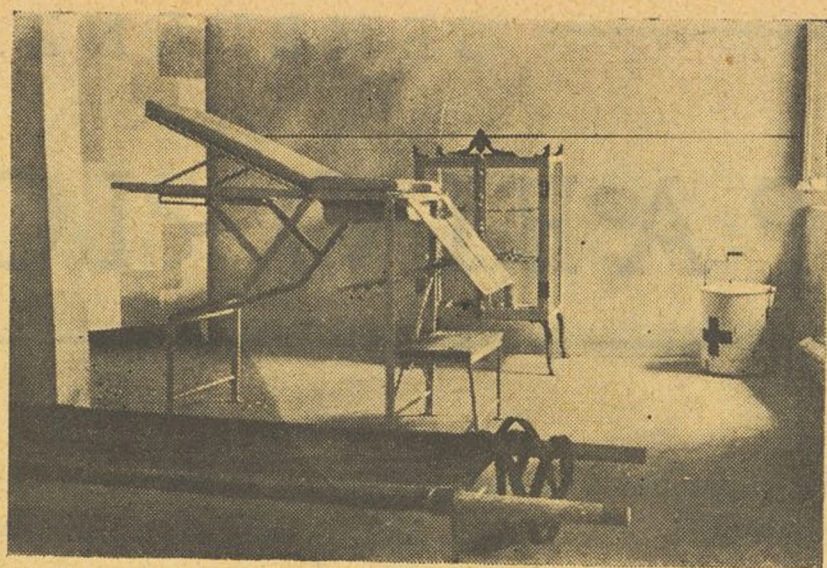
Hemos dejado transcrita la organización de una posición avanzada, bastante completa; por este motivo la posición de resistencia deberá estar situada a una distancia de dos a ocho kilómetros, aunque estas cifras no pueden ser exactas, pues dependen de la importancia de las posiciones a conservar y de lo que el Mando tenga ordenado sobre las mismas.

(Continuará.)



SOLDADO: ¿Conoces bien el manejo del fusil, ametralladora y demás armas de combate? Si no es así, ¿cómo responderás ante un pueblo que confía en ti?





# LA SALUD MENTAL EN LA GUERRA

Por FRANCISCO ACEBES

COMBATIENTE: Cuida de tu salud, que es la base para todo triunfo.

Contra lo que pudiera creerse, las enfermedades mentales parece ser que, no sólo no han aumentado en el transcurso de las distintas guerras, sino que en casi todas ellas se ha observado un descenso porcentual del número de alienados ingresados en manicomios.

Sean ciertas o no estas experiencias estadísticas, nosotros podemos decir que nuestra guerra no ha producido aumento ni originado seudonuevas especies de psicosis.

La guerra en sí, como agente desencadenante de trastornos psíquicos, lleva implicada un conglomerado de estímulos capaces por sí solos de aflorar perturbaciones latentes—conflictos sentimentales intensos, la nueva personalidad, tensión emocional, fatigas de todo tipo, dificultades alimenticias, alcoholismo, etc.—, aparte de otros muchos factores que dan colorido objetivo a esta guerra nuestra tan dolorosamente específica. Por eso no se puede juzgar alegremente, hablando sin más de psicosis (enfermedades mentales declaradas) de guerra, de trinchera, de retaguardia, etc. Las endógenas—de causa externa desconocida—(psicosis maniacodepresiva, esquizofrenia, epilepsia esencial) no pueden atribuirse, por tanto, substancialmente a la guerra.

En cuanto a los exógenas de origen psíquico, se desarrollan en mayor escala, debido a los factores de que antes hablábamos, siendo fundamentalmente, por su interés para nosotros, las siguientes: las reacciones ante estímulos anormalmente intensos en personas de psiquis tarada (miedo mortal, depresión extraordinaria) generalmente transitorias y la histeria, que desde Krtschmer sabemos que "no es una enfermedad, sino un modo de reacción anormal ante las exigencias y dificultades de la vida", y todos, hasta los de personalidad más diferenciada, pueden en momentos determinados manifestar incluso reacciones histéricas que no son más que mecanismos defensivos biológicos preformados, reflejos e instintivos puestos en acción. Ahora bien, lo característico de la histeria es la voluntad de la enfermedad; el sujeto fija los síntomas después de crearlos, más o menos inconscientemente, con apariencia de enfermedad, mas siempre con fines egoístas y favorables a su personalidad; pero esto no quiere decir que la histeria no se entronice sobre una construcción especial, pero diferenciándose de las psicosis reaccionales puras en que aquí se trata de la violenta conmoción reactiva de una personalidad ya predispuesta (psicopática) ante estímulos ofensivos suficientemente intensos. Tampoco se puede confundir con la simulación más o menos ingeniosa que todo médico militar avezado sabe descartar a todas luces.

Antes se creía que la histeria era una afección exclusivamente femenina, condicionada por su etimología (del griego *histeron*, útero), su estudio científico limitado a la mujer, exaltada por poetas y artistas de sensibilidad enfermiza y órbita espiritual de una época de saraos, flores marchitas y cursilerías viejas. Pero una vez se conoció en el hombre, quiso ver en ella algo fingido voluntariamente y menospreciado por el médico, y casi desterrado de los medios científicos, hasta que en nuestros momentos llega a dársele una importancia excepcional, debido a las aportaciones freudianas de sus discípulos, así como de la psicología evolutiva y otros basamentos biológicos. Por eso hoy el histérico no es considerado como un psicópata cualquiera, ya que se advierte en

él un cierto deseo connativo de enfermedad, adoptándose respecto a él precauciones y tratamientos psicoterápicos que sólo pueden verificarse en escalones sanitarios superiores.

Yo he tenido ocasión de asistir, como médico de batallón y de brigada, bastantes casos de este tipo, a quienes, no obstante lo antes dicho, ha sido suficiente hacer sentir sobre su subconsciente exteriorizado una fuerte decisión de dominio, aparte de remedios hidrológicos de gran efectividad, para que sus convulsiones y aspavientos se redujesen a lo que eran: moral relajada y miedo pánico sobre una personalidad histeroide con ferviente deseo de hurtarse a un peligro real. Tuve un caso de un muchacho voluntario procedente de Málaga, a quien los fascistas habían matado a la madre, acuya vera habíase formado y crecido, que me lo trajeron a un puesto avanzado de socorro, en plena crisis histérica desencadenada ante los rumores de una próxima ofensiva; cuatro enfermeros eran impotentes para sujetarle y, sin embargo, al encerrarme con él haciéndole sentir con dureza lo falso de su situación, logré cortar rápidamente el ataque, sin que pudiera ser reintegrado a su puesto hasta después de algunas horas.

De aquí que también en las clínicas psiquiátricas militares se haga llegar al ánimo del histérico que es un desertor frustrado, ya que, si no lo hace corporalmente, huye del peligro presunto o real refugiándose en la enfermedad, cortándose de esta forma radicalmente una inclinación morbosa que al merecer indebida atención constituiría un filón explotable por seres flojos de espíritu, aunque físicamente indemnes; pero cuando el síntoma neurótico no desaparezca después de una psicoterapia activa circunstancial (si ello es factible) en el mismo puesto de socorro de batallón o de cuatro o cinco días en hospitales avanzados, debe ser evacuado a una clínica psiquiátrica, pues puede ocurrir que enmascare una psicosis de honda raigambre.

Resumen: el problema de más vital importancia para la salud mental del combatiente es organizar una profilaxis y una higiene psíquica basada en la labor conjunta de médicos, mandos y comisarios sobre los más predispuestos al desorbitamiento psíquico, ya que nuestra guerra tiene, por sus características psicológicas de su tipología política y de independencia nacional, recursos más que sobrados para sustituir y mejorar, conveniente y oportunamente empleados, a una psicoterapia más aquilatada y a veces erróneamente supraestimada.





Al escribir sobre Pablo Iglesias la admiración hace torpe a la pluma. Nos embarga una impresión semejante a la que sentiría un incipiente pintor que quisiera plasmar sobre el lienzo nuevas *Meninas*. Es tan grande su obra que, al adentrarnos en ella, nos afluye la preocupación de que lleguemos a empujárnosla con unas líneas nuestras, cosa que sin duda ocurrirá. Obra española, de un español, cuya importancia se agiganta más cada día y a medida que se aleja la fecha de su muerte. En las tinieblas de la muerte vemos agrandada su personalidad y bruido y resplandeciente el valor perdido. Nos sentimos más hijos suyos, como nos consideraríamos más españoles al recordar cualquier grandeza perdida de la patria. La lejanía ayuda a ver entre las brumas del pasado los méritos inefables. A ellos aunamos nuestros esfuerzos. Al hacerlo emergemos desde las raíces de España la síntesis del valor ibérico.

La obra de Pablo Iglesias se asienta sobre un trío de amor: a su madre, a España y a los trabajadores. Juana, su madre, le transmitió, con sus ojos azules, aquella alma inquieta y sencilla, llena de fe y de creencia en los valores de su pueblo. Todas las acciones de Pablo estaban rebosantes de esa sencillez y bondad de que su alma estaba tan impregnada. Cuando razonaba parecía como si cada imagen era movida por esas afecciones y recortada por líneas visibles y sencillas. Podemos decir que en toda su obra, para realizarla, se inspiró en su madre y en España. Es que Juana supo ser madre y compañera de un soñador, cosa difícil pero muy influyente. Cuando muere la madre el soñador busca aquella ayuda moral y aquella influencia bondadosa que había tenido en otra mujer. Tuvo la suerte de encontrar en Amparo Meliá la mujer que sustituyese a la compañera y a la madre perdida. Iglesias necesita de este recurso de amor para transformar a España e implantar en ella los ideales que él preconiza y que tan arraigados lleva. Y es tan fuerte el poder de estos ideales, que hasta las horas más difíciles por las que pasó en su vida, algunas de ellas por sentirse eminentemente español, tenía en su convincente razonamiento la sonrisa del optimismo.

Las primeras impresiones de España las recibe Iglesias caminando desde El Ferrol hasta Madrid a los diez años de edad. Largo viaje el que emprendió empujado por la muerte de su padre, que dejó, al desaparecer, sumidos en el dolor y en la mayor de las miserias a Juana, la madre, y a sus dos hijos: Pablo y Manuel. A Madrid marcharon todos ellos en busca de un lejano pariente, servidor de un llamado grande de España, cinco veces noble, que era, en el panorama de penurias y de necesidades que se presentaba ante la familia, el único que podía llevarles algo con que mitigarlas. Durante el viaje atravesó varias provincias durmiendo en ventas de mal abrigo y acallando con sus caricias el cansancio y el dolor de la viuda. En esta arteria española, carretera de un mundo trashumante, se le presentó, en los cruces de los distintos pueblos, la primera visión de su miseria. Buen comienzo para quien tanto había de trabajar para hacerla desaparecer de España.

Ya en Madrid, luchó contra la incompreensión de los hombres en el Hospicio, y contra el frío y la miseria en la calle. Para librarse de la primera se escapó de aquel Centro en un día de las tradicionales fiestas de Navidad, y para hacer frente al segundo se rodeaba el pecho con papeles arrancados de las carteleras, o se hacía fuertemente abrazar por su madre, cuando regresaba ésta de cumplir sus duras faenas de lavandera en el Manzanares. Evadido del Hospicio por su amor hacia la mujer que le llevara en sus entrañas, tuvo que hacer frente a la incompreensión de los patronos de aquella época y empezar sus primeras luchas sindicales. Y aquí comienzan los primeros destellos suyos como luchador. Primero brega y trabaja afanosamente por que no vaya su madre a lavar al castizo río, y su única aspiración es ganar para los dos, cuando ya había muerto tubercu-

## SEMBLANZA DE UN LUCHADOR

# PABLO IGLESIAS POSSE

loso su hermano Manuel. La miseria había hecho ya presa en otro miembro de la familia. Y a medida que va progresando en su trabajo de tipógrafo, va sintiendo, junto a sus deseos de mejorar económicamente, la necesidad de que también lo hagan los demás trabajadores del país. Y éste es el gran mérito de Iglesias. Para conseguir esa redención personal y colectiva que ansia, se da a contemplar la España de aquel entonces, y ve en ella un país desequilibrado e inculto. Es la España de majos y manolitas, que encuentra su casticismo en la exaltación de la pandereta y en el culto a Baco. En ella predomina Isabel II, la reina que hicieron proclamar los liberales, y que después se volvió contra éstos, haciendo prácticas de amor con todos los espadones de la época en el interior de su alcoba nupcial. Para revolversse contra todo esto se hace estudiante. Lee pliegos de corcel y después novelas. En ello emplea los céntimos que del salario se queda para su distracción. Pronto comprendió—el taller, la desgracia y los estudios se lo habían aleccionado—que no es preciso sentir anhelos de libertad para conseguirla, si no se va decididamente a la instauración de las instituciones que la garanticen. Había que abolir las instituciones mismas. La primera revolución que él conoció, cuando contaba dieciocho años, no sirvió sólo para pregonar por Europa que España necesitaba un rey. Pablo Iglesias comprendió que no eran reyes lo que España precisaba, y se dispuso a convencer de ello a sus conciudadanos y a preparar las condiciones que se requerían para conseguir la institución que el país reclamaba.

En Iglesias se confunde la labor de aprendizaje con la de organizador. Dialoga, discute, polemiza. Se hace colaborador de *La Emancipación*, órgano que propaga las ideas de Carlos

Marx, y que a España trae su yerno, Pablo Lafargue. Se va formando su espíritu de luchador, adornado con la cultura que afanosamente adquiere. Esta labor de militante pasa a ser de

líder cuando, en el año 1874, fué nombrado presidente de la Asociación del Arte de Imprimir, cuna de todo el movimiento proletario español. Empieza su actuación con mayor intensidad a desarrollarse al destruir Pavia con su espada la República de 1873 en el Congreso, y Martínez Campos proclama la restauración monárquica en Sagunto. En el período de la Restauración, de oprobio, mentiras y abyecciones; cuando en los liberales hacia eco la llama del escepticismo y los mejores metían su cabeza bajo el ala de la impotencia, Iglesias se yergue, optimista y poderoso, y funda el Partido Socialista Obrero Español, que había de impregnarse de su ideario y de su moral. Poco tiempo después fundó la Unión General de Trabajadores.

La dialéctica materialista de Iglesias le hace ser un gran crítico. En su crítica no entran para nada las veleidades o las necesidades de partido. Es España y los trabajadores, con todo el cortejo de injusticias y desigual-

dades que sobre ellos se cierne, el tema principal de sus preocupaciones. Discute las mejoras del obrero, y obtiene casi siempre, con ellas, la cárcel. Al producirse el derrumbamiento de nuestro poderío colonial inicia una campaña tendente a conseguir el abandono de Cuba, que le crea algunos procesos y muchas persecuciones. En contra de la actitud de Pablo Iglesias se desata todo el patrioterismo español. Algunos le creen y ven en las caras escuálidas de los repatriados un signo de la miseria que para España representa el mantenimiento de las colonias americanas. Se sienta en los escaños del Congreso y defiende, ante las iras de los partidos dinásticos, la dignidad y los derechos del obrero en toda so-

ciudad moderna. Los contrarios le increpan y atentan contra su persona. Pero el líder no se amilana, y a la salida del Parlamento se ve rodeado y aclamado por toda la clase trabajadora de Madrid. Esa es la compensación que él busca y el movimiento que ansía crear.

Con el alborar de nuestro siglo llega Iglesias al apogeo de sus cualidades, y es el hombre que por excelencia defiende a la clase trabajadora. Se opone con toda firmeza a la represión que contra los anarquistas desencadenó el Gobierno de Cánovas, y defiende el derecho al atentado personal cuando la clase trabajadora se ve perseguida y escarnecida como entonces lo estaba.

Iglesias no sólo atiende a las luchas políticas, sino que se preocupa del estado social y de la cultura del pueblo. Y mientras muchos iban a airear su espíritu y a pulirlo fuera de los Pirineos, él se reconcentra en España y viaja por ella hasta conocer el último de sus rincones. Da mítines en todas las regiones, funda agrupaciones, bibliotecas y establece una regular correspondencia con todas las provincias. A la vuelta de uno de sus múltiples viajes vuelve de Bilbao sin el acta de diputado, que había ido a conquistar, pero con el calificativo cariñoso con que ya siempre le había de conocer el proletariado español: *El Abuelo*.

Su obra crece. Madrid corresponde a los esfuerzos que el *Abuelo* realiza para moralizar la vida política del país, y le elige concejal, junto con otros dos socialistas: Francisco Largo Caballero y Rafael Ormaechea. Son los primeros representantes que la clase trabajadora tiene en el Concejo. Allí hablan claro y adoptan una actitud intransigente. Es verdad que no consiguen desterrar los vicios y las corrupciones municipales; pero llegan a lograr que el pueblo se entere de ellas y que sepa que no es posible una buena administración si antes no se va a una reforma total de las instituciones monárquicas.

Su obra continúa creciendo, cuya eclosión más hermosa es en el año 1917. Es la primera huelga revolucionaria que realiza el pueblo español, convencido de que no es posible su progreso y su bienestar si antes no destruye a la Monarquía. El movimiento es sofocado en sangre. Hay represión; el Comité revolucionario es condenado a la última pena, y computada ésta por la de cadena perpetua. Pero el movimiento no fracasa y Pablo Iglesias contempla cómo, mientras él va dando retazos de su vida, la Monarquía se declara impotente para luchar contra el pueblo, que saca al Comité revolucionario de la cárcel para llevarlo al Parlamento. Después advino la dictadura de Primo de Rivera. Pablo Iglesias, como siempre, estuvo certero en el juicio que aquella le mereció. Preconizó su fin junto con el de la Monarquía, en cuya ayuda vino para impedir que se llevasen a efecto las responsabilidades que se exigían como consecuencia del desastre de 1921 en Marruecos. En pleno período dictatorial muere el Maestro y, antes que él, algunos partidos políticos que se habían puesto enfrente de su obra. Esta, cuando aquéllos ya han desaparecido, continúa en pie, cada día más ingente y poderosa. Es el mes de diciembre de 1925.

Advino la República. Llegó la lucha actual. Su obra, los hombres que educó, se pusieron ante la brecha. Su austeridad, rectitud y limpieza suministraban cálido ardor a la pelea. Ese es el exponente de la obra de Pablo Iglesias. Su siembra ha sido lozana y alimenta todo su ideario.

El mejor homenaje que le podemos ofrendar en este XIII aniversario de la muerte es tener tanta fe como él tuvo en vencer, y considerarnos dignos productos de su semilla. Que la sangre vertida nimbé el rosicler de la victoria y siembre una sociedad libre, honrada e inteligente, como el inmortal *Abuelo* la soñó.







# Entrega de Bandera a nuestra DIVISION

En un pueblecito cerca de nuestro Cuartel tuvo lugar el acto de la entrega de una bandera a nuestra División, regalada por la Federación Provincial Socialista de Guadalajara.

Esta División, hasta ahora, careció de esta enseña. No tuvo dedicada bandera alguna que flameara en nuestro pabellón. Mas no por esto dejaron de latir nunca nuestros corazones al ritmo acelerado que la guerra impone ante el peligro de la Patria invadida. Si exteriormente no ondeó enseña alguna, interiormente ondeaba en su espíritu todo el valor y heroísmo de una porción de luchadores que, trabajadores todos, hijos del pueblo se aprestaron a defender la libertad de España cuando ésta necesitaba de ellos. Y ha sido ahora, después de mucho batallar en los campos, cuando a esta División le entregan su bandera. Si antes defendió la libertad y la Patria, representada en esa bandera que hoy posee, ahora, defendiendo ésta, seguirá luchando por que aquéllas sean en nuestro pueblo broche de nuestra quimera. El acto de la entrega fué sencillo y

sentido. Ha avanzado hasta el centro del campo la madrina de la bandera, Marcela Herrero, quien, visiblemente emocionada, después de pronunciar unas palabras de





ofrecimiento, depositó la bandera en manos del Mayor, Liberino González. —“Hay que luchar—dice— con la misma voluntad y arrojo que hasta aquí, o más si es posible, para defender esta bandera, a la que hay que seguir honrando con nuestro comportamiento de verdaderos luchadores españoles. En vuestro nombre, soldados de la División, prometo que no dejaremos que el enemigo nos la arrebatase, como tampoco dejaremos que nos gane un palmo de terreno.” Los combatientes, de rostro tostado y expresión firme, guardan una alineación perfecta. La cabeza alta y el pecho saliente, como inflamado por la emoción, parece sentirse más orgulloso delante de esa bandera que va a ser suya. El Comisario, Asencio Lozano, se dirige también a los



combatientes y dice: “Esta bandera representa nuestros ideales, por los que hemos luchado hasta aquí y seguiremos luchando. Entre sus pliegues lleva prendida nuestra felicidad de hombres libres y nuestra gloria de futuros vencedores. Con ella está el pueblo trabajador y laborioso, que somos todos nosotros, nuestros hogares y nuestros hijos. Por esto lucharemos sin desmayo hasta expulsar los invasores que han invadido nuestra Patria. Cada día más firme en la pelea, seguros de nuestro triunfo”. Los soldados rinden armas a su bandera a los acordes del Himno Nacional. Todos los asistentes permanecen atentos, y en los rostros se observa la grandiosidad del acto que se está celebrando. Ya ha pasado la bandera a poder de la División. Suena una marcha militar, y los combatientes desfilan tras de ella en perfecta formación. Al pasar frente al grupo de Jefes y Comisarios, los soldados dan vivas a la República. Hasta el sol; que en todo el día se ha visto, asoma también a saludar la bandera y hacer que sus colores luzcan con mayor brillantez. La formación se aleja; por encima de las cabezas de nuestros soldados, como acariciando sus cascos de acero, se ve nuestra bandera, que hoy más que nunca defenderemos con todo nuestro corazón. Al acto asistieron varios Jefes, Comisarios y diversas personalidades que presenciaron el desfile. Vemos, entre ellos, al Mayor Verardini; Mayor Vázquez, en representación del Coronel Casado; Comisarios Solá, Quirós y Feliciano Benito; Mayores Gutiérrez de Miguel, Valverde, Rubio, y los Comisarios de División Peláez y Martínez; Diputados Enrique de Francisco y Marcelino Martín, y otros muchos.





# Cristo Sangrante

Por MANUEL YUSTE

Le vi un día hace dos años. Caminaba a rezar en el rosario de trincheras que rodea a Madrid, pálido, ojeroso y visionario, bajo la cruz de su vida. Sus manos callosas de tanto arrastrar el peso que llevaba crujían de fuerza sobre el madero convertido en fusil, medio de propagar su ideal y látigo que emplea para arrojar la carroña de la Humanidad y establecer su reino. Le he visto también hace poco. Le veo aún.

Volvió a Madrid. Entre varios le llevaban vislumbrados por los destellos de la sangre que vertía.

¡Impresiones! Al pensar algo sobre Jesús, por influir tanto un alma pura como la suya, le vemos vivo. Y lo natural, porque fué él ante todo hombre, es que nos imaginemos en un ser alguna cualidad de las que adornaban



su espíritu. ¿Quién tendrá esas cualidades sino aquel que sacrifica su vida por un ideal redentor?

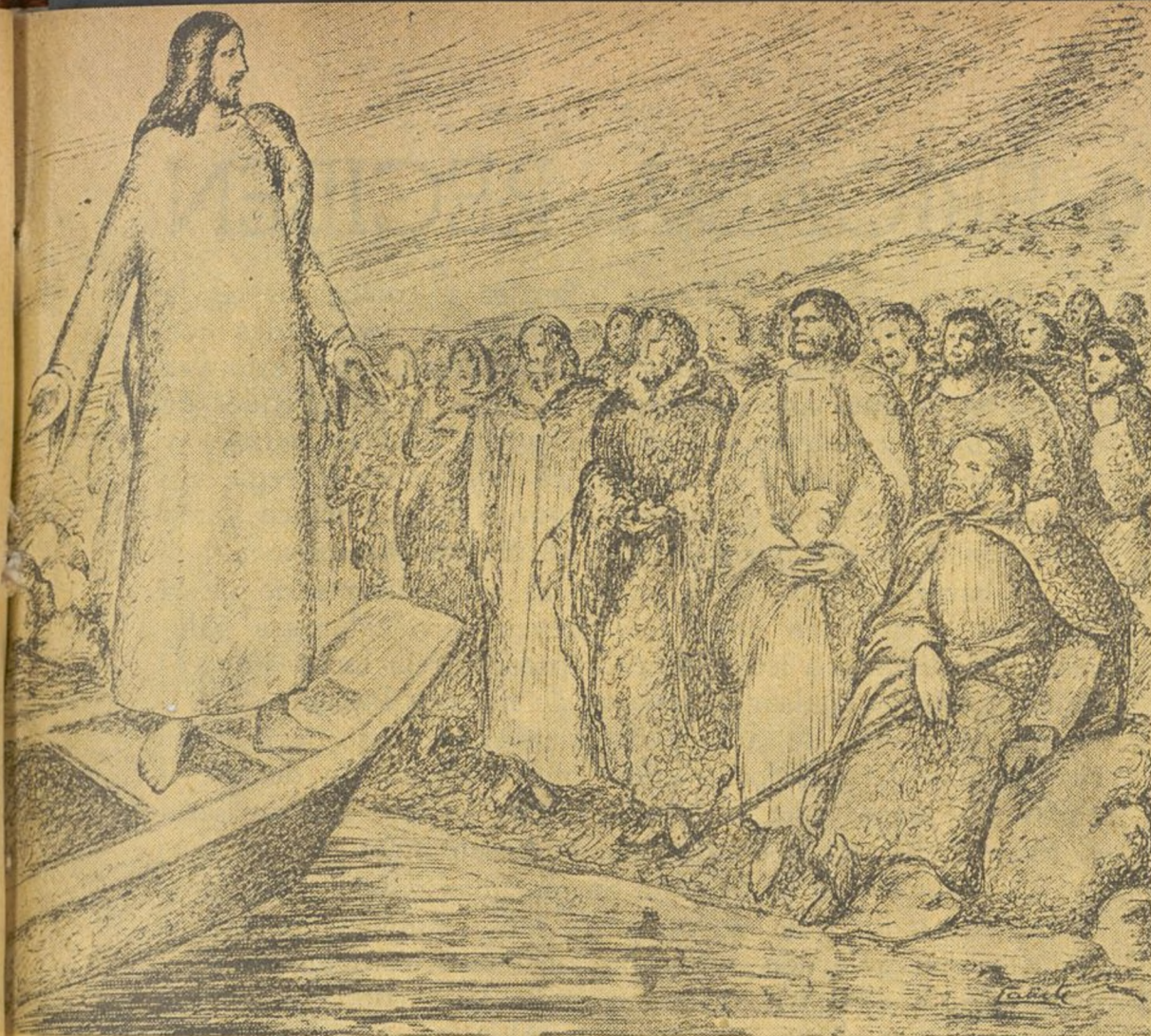
Oigo el murmullo de la enfermiza beatería que eructa lo que no le cabe dentro. ¡Blasfemo! ¡Aquel que no reza ni comulga qué es sino un Barrabás? Durante mucho tiempo parece ser que un hado maligno nos ha privado la facultad de comprensión. Ha sido más fácil cabalgar sobre la imaginación, pobre la mayoría de las veces, que nos conducía a un país ajeno sacándonos fuera de nosotros. Hemos abandonado una aspiración inmediata a todo ser racional, que nace con el caparazón de su vida: tener sentido común. No queremos esforzarnos en ella y, como consecuencia, la pesada carga de la vida sigue en nuestro coluro haciéndonos la sombra del odio. Este nos oscurece a los españoles las gafas de la visión para que veamos el eclipse de nuestro destino. Seguimos con la predisposición de aferrarnos a un dogma moral antes que abrir las ventanas de nuestro juicio a la veracidad.

¡Blasfemo el que no reza! Jesús siempre tenía el mismo rezo. Nazareno, ocurrió su nacimiento cuando su patria, perdido el dominio, fué invadida por Roma. Se agitaba en ardientes deseos de independencia, sentimientos que recogió también Jesús. "¡No he venido a traeros paz, sino guerra!", dijo cuando estuvo en los umbrales de ser solamente caudillo de Palestina. Su alma, invadida por un amor radiante a la Humanidad, no cabía en un pequeño rincón del mundo. No tenía tiempo limitado. Vivía para todos los seres y se extendía a todos los tiempos. Salvando sólo a su país no realizaba su obra. Vió pronto el sacrificio, pero ejecutado con la inmaculada luz del reino de Dios. Hacia él encaminó su vida, apartándose de los revolucionarios y patriotas. Jesús es la síntesis suprema del amor.

Hace de él el vínculo de la redención humana. El camino para conseguir su "reino de Dios", que lo ve venir y expresa con su frase la "buena-nueva". Es el hombre de la parábola. Usa el lenguaje de su pueblo, tierra de visionarios y profetas. Con la condición de ser sencillo, apropiado a las gentes que predica. Claro que su expresión, lógicamente considerada, no cabe en nuestro idioma actual. Pero nos traslademos a su tiempo a vivir su significado. ¿Qué es el reino de Dios para el Nazareno? Apartar la idea de los alados ángeles con mejillas infladas y carnes grasas de un mundo poblado de inmensas comodidades allá en las regiones imaginarias del

Los que no tuvieron otra religión que el trabajo, y a él supeditaron sus ansias de paz, los que no vacilaron en dar sus vidas por la libertad y la justicia, ellos son los verdaderos profetas, los únicos dioses. Son los que sin predicarlo, con su conducta, dan ejemplo cada día, cada hora, de cómo se salva un pueblo.





helio, donde el globo investigador no ha llegado. Su reino lo espera cuando la base de las relaciones humanas sea el amor. Cuando el dique helado del odio lo funda al calor de la redención de los humildes, la supresión de las diferencias de fortuna, el trabajo en común de todos para todos. De ahí esperaba Jesús la liberación de los hombres y los males que sobre ellos pesaban. Su reino, pues, era liberación, comunidad de intereses, igualdad de obligaciones y derechos. Es un reino eminentemente social que abomina de lo coercitivo, mitigando los sufrimientos con la piedad y el perdón. "Dios está en mí." Hacia él llevaba al pobre, al harapado, al sediento, al perseguido, al tullido o enfermo, a la persona pecadora o descarriada. Los sentía tan necesitados de redención que anduvo el pesado camino de su calvario acariciando las lacras de la Humanidad y bebiendo injurias con el ansia de apurarlas. La lira de sus sentimientos cantó un himno gigante a la redención del hombre.

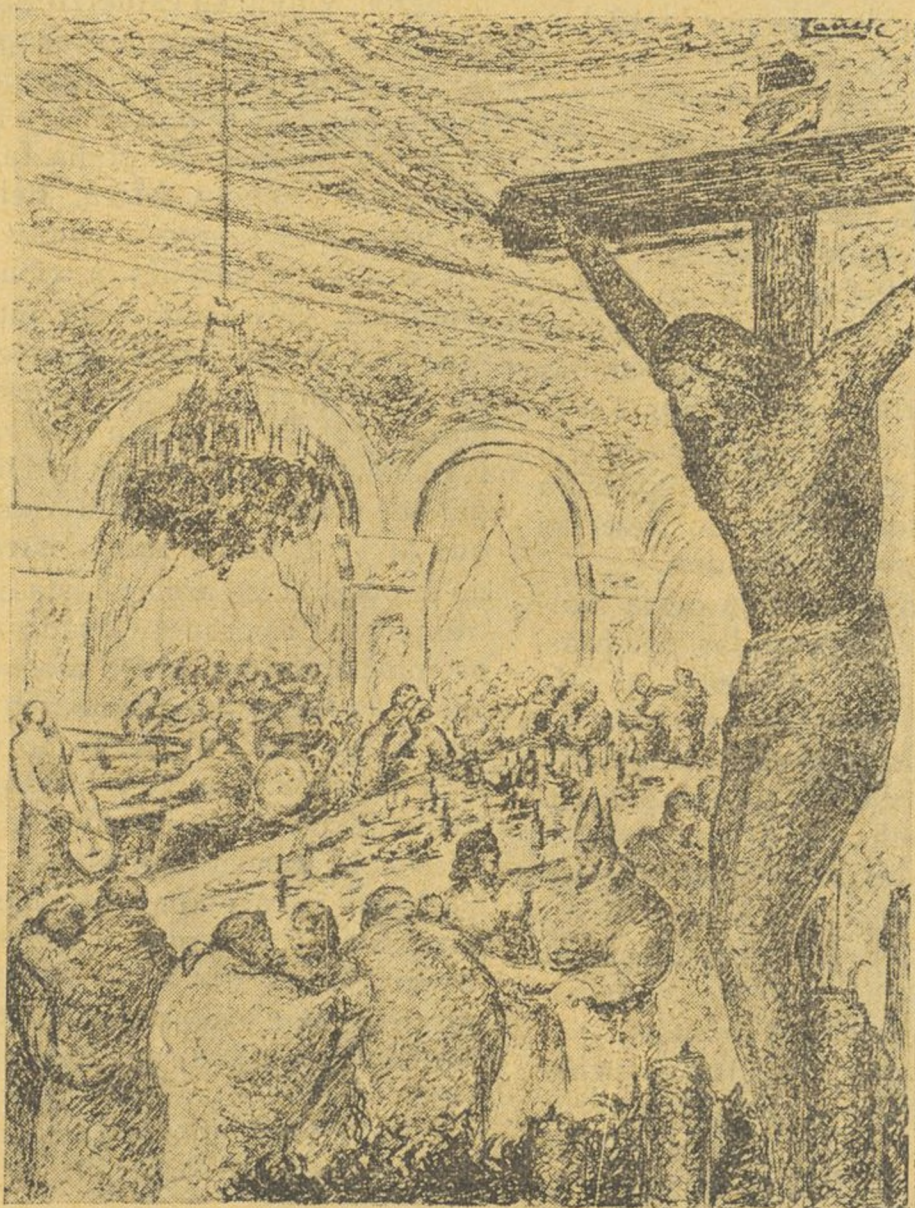
Su misión social fué convertida con el tiempo en lo que más él combatió: en una casta internacional de fariseos. Las ideas de Jesucristo son internacionales, así como también sus anatemas. Lo que prueba más la importancia de su doctrina es que no fueron entendidas éstas, incumpliendo la moral que él

predicó. La casta encargada de propagar ha hecho de ellas el vínculo del utilitarismo. Y no nos engañemos: si la moral en su esencia no es utilitaria, al ser su práctica se convierte en perversa, librea cumbre de la hipocresía. Y en esta condición es una moral cadáver. Nos da la impresión que ha pasado a lengua muerta y que necesitamos hombres de aquellos que Pablo de Tarso llamó por primera vez "cristianos" para que se produzca su renacimiento. Riquezas, cábalas, glotonería, estoy seguro que serían arrojadas por Jesús de los templos elevados a su memoria.

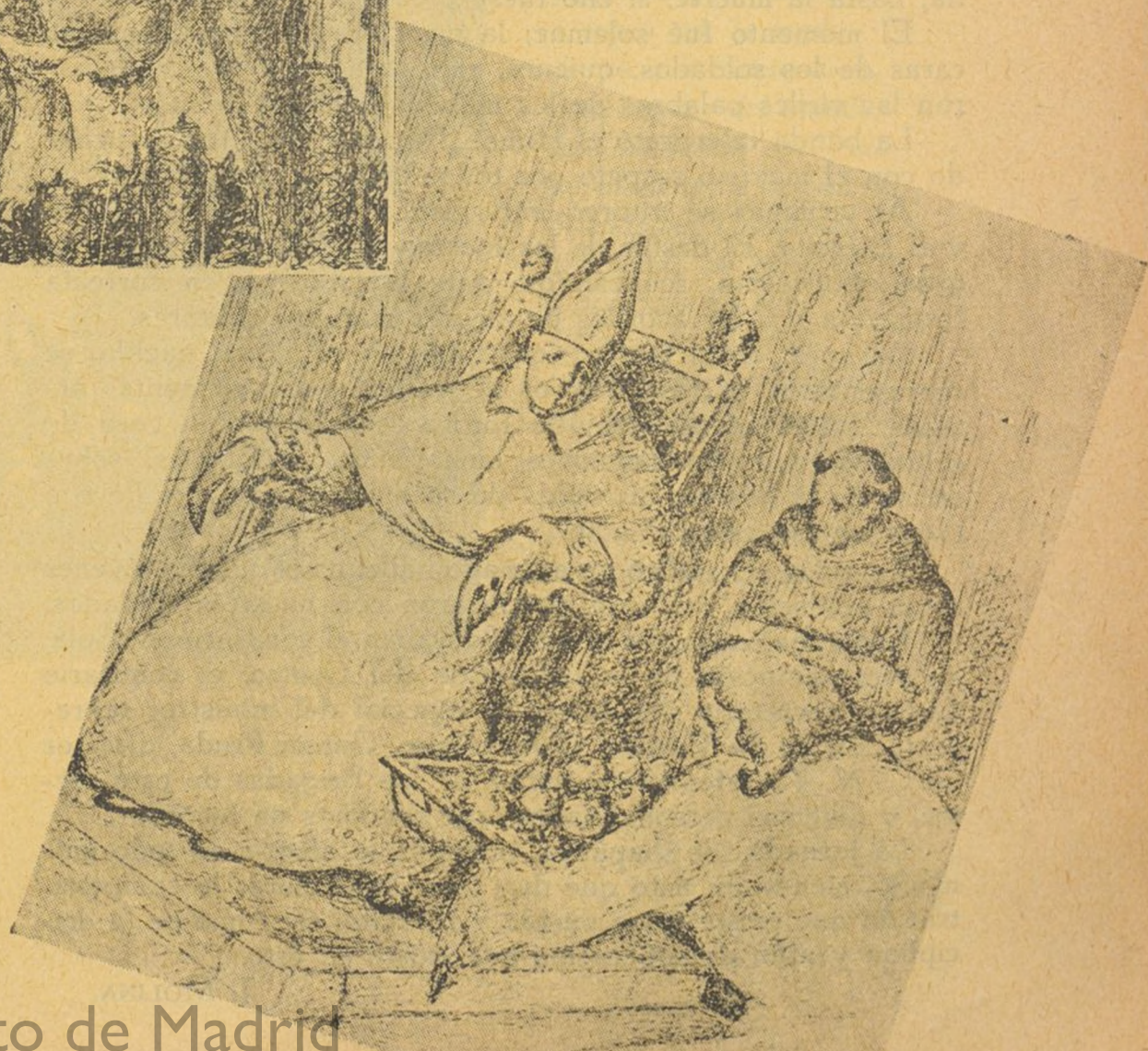
Por los nervios de Jesús tenían paso franco los mandatos anarquistas. Abominaba de la legislación que coarta la libertad nata del hombre. Sintió por el ser humano un valor inmenso, como nadie había sentido aún, y lo colocó en el paraíso de la igualdad. Los valores que la Naturaleza pone a su disposición hízolos comunes a todos: dió a la Humanidad un perfecto ideario comunista, que no nacía de ninguna reglamentación forzada sino del nítido amor que sellaba su personalidad. Cuando rezaba en la soledad de un huerto o abrazado sobre la desértica arena, lo hacía con todo su espíritu, con un bello enlace de pensamientos que elevaba a lo más alto de sus concepciones para que algún día tuviera realidad.

Cuando por estas fechas conmemoran su nacimiento con cirios,

oro y ornamentos, Cristo se desangra. ¡Aún hay algunos blasfemos que le aman! Los que sin conocerlo llevan a cuestras el calvario de su miseria y dan la vida por el género humano. Sangre que está fecundizando el cielo que dará a los humildes su redención.



Los que se llamaron representantes de Cristo prostituyeron su doctrina, viviendo en la opulencia de un reinado falso cuajado de hipocresía. Por eso tenía que desaparecer, porque, habiendo traicionado la virtud de los que debieron ser sus únicos ideales, se pusieron enfrente de los humildes, tratando de destruir lo que el Maestro quiso salvar.





# TAMBIEN LA 50 Y 90 BRIGADA RECIBEN SU BANDERA



En un pueblo de retaguardia de los frentes alcarreños se ha celebrado, con extraordinaria brillantez, el acto de entrega de una bandera a la 50 Brigada Mixta, donada por la 12 División.

Con este motivo se organizaron diversas pruebas deportivas por la mañana, disputándose un campeonato de lanzamiento de barra, otro de lanzamiento de pesos y una carrera de medio fondo, en las que se puso de relieve el entusiasmo deportivo y la preparación física de nuestros soldados.

A las diez se celebró un partido de fútbol entre un equipo del 197 Batallón y otro del Cuartel General, que resultó muy movido e interesante, desarrollándose buen juego por ambas partes. Finalizó con el triunfo del Cuartel General, por 2 a 0, destacándose, por su actuación, el portero de este último, Gil, quien salvó a su equipo de situaciones graves. Después la banda de la Brigada dió un concierto, ejecutando diversas piezas de música selecta, que fueron muy aplaudidas.

A las cuatro de la tarde se efectuó la entrega de la bandera, que fué hecha, después de breves y sentidas palabras, por el mayor Liberino González, jefe de la División, al jefe de la 50 Brigada, quien dirigió una vibrante alocución a las fuerzas. Después habló a los soldados, perfectamente formados, el comisario de la Brigada, quien, en brillantes palabras, arengó a las fuerzas explicándoles el significado del acto y exhortándoles a defender la enseña que les había sido entregada, hasta la muerte, si ello fuese preciso.

El momento fué solemne; la emoción se reflejaba en las caras de los soldados, quienes, rígidos e inmóviles, escucharon las viriles palabras de los mandos militar y político.

La banda interpretó el Himno Nacional, que fué escuchado con el máximo respeto por todos los asistentes al acto.

Al terminar se vitoreó entusiásticamente a la República y al Ejército. El desfile de las fuerzas se efectuó en medio de gran entusiasmo, realizándolo ante la bandera, en correcta formación y a los acordes de alegres marchas militares.

Después, en el teatro, construido en el mismo pueblo, se representaron varios números de variedades, por eminentes artistas. Intervino también, de forma espontánea, un coro de soldados, que con canciones humorísticas, originales, sobre temas de la guerra, hizo gala de su buen humor, que llevó a todos los asistentes al acto.

También se celebró un animado baile, en el que las jóvenes de la población civil confraternizaron con nuestros soldados.

Entre los asistentes al acto figuraban el comisario A. Solá, en representación de la Inspección del Centro; el comisario Quirós, secretario del delegado especial del ministro; representación de *La Voz del Combatiente*, García Prada, director de C. N. T.; jefes y comisarios de las Brigadas de este sector, y diversas personalidades, que sentimos no recordar.

La jornada fué simpática, reinando la alegría en todo momento, siendo un acto que dice bien a las claras la compenetración que existe entre pueblo y Ejército, así como de la disciplina y afán de superación que existe en éste.

J. MOLINA.

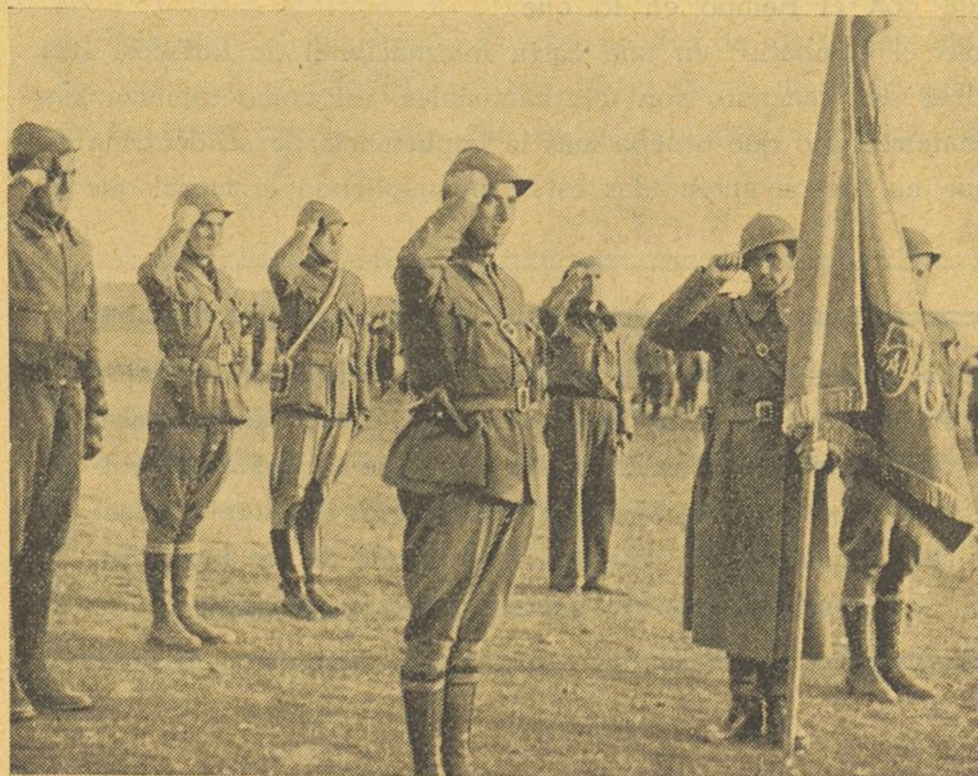
Ayuntamiento de Madrid

Una vez más los soldados, oficiales y comisarios de la 90 Brigada Mixta han sabido soportar las vicisitudes con entereza; el frío y la lluvia no ha significado nada esta vez para ellos, puesto que después se verán bajo los pliegues de una hermosa bandera; y ahora, mientras desfilan, airosos y firmes, ante la bandera que la fábrica Bolívar les entrega, miran con orgullo hacia el frente, seguros de que nunca verán pisoteada la enseña que con tanto cariño les entregan.

Al hacer entrega de la misma al jefe y comisario de la Brigada, la madrina pronunció breves pero calurosas palabras, estimulando a los oyentes a proseguir la lucha sin desfallecer, hasta expulsar al invasor de nuestra Patria.

El mayor jefe de la Brigada también hizo uso de la palabra, recalando que los triunfos obtenidos habían de centuplicarse y hacer que la bandera que les entregaban sería el mejor baluarte de batalla que pudiesen tener.

El comisario de la Brigada dirigió unas palabras de agradecimiento a los que con un gesto tan magnífico les otorgaban el mejor galardón que pudiesen desear, estimulando después para que el trabajo no mengüe y constantemente los frentes se vean abastecidos de material bélico, siendo éste uno de los mayores problemas que ellos saben resolver con sus continuos sacrificios; saluda después a la bandera y promete que nunca se verá deshonrada, que irá hasta el fin y con ella la victoria. El acto que siguió a la entrega de la bandera fué en sumo agradable, pues escogidos artistas ejecutaron variados números, y todo su esfuerzo fué el distraer con nuevos giros de alegría a los camaradas congregados en el local que hacía las veces de teatro. La armonía era completa; la confraternización entre la retaguardia y el frente era real, y a estos hechos tan sublimes no podía faltar la visita de nuestros queridos jefes Asencio, Mera, Feliciano Benito, Liberino, etcétera, los cuales fueron acogidos con vivas entusiastas y aplausos; ocupando después la tribuna de honor, continuó la representación, volviendo a ser interrumpida por la aparición de nuestro querido jefe el coronel Casado, siendo saludado por todos los presentes, que, puestos en pie, vitoreaban a la República, al Ejército y a sus valientes jefes. A petición de la Brigada, el comisario de la División, camarada Asencio, dirigió un saludo al coronel Casado, y prometió solemnemente que la 12 División sabría hacer honor a sus promesas y que no depondría las armas hasta que la Patria se viese libre de extranjeros. El coronel Casado también hizo uso de la palabra, pronunciando una breve alocución, llena de emoción y cariño, hacia aquellos que combaten bajo sus órdenes, recalando que en su visita al frente no quiso dejar de asistir y saludar a la Brigada, que tan justamente era homenajeada por los combatientes de la producción. Se les despidió a tan queridos jefes con atronadores vivas, y las últimas notas del Himno Nacional les acompañaron hasta los umbrales del local; después, todo era alegría y regocijo; la satisfacción retratada en los semblantes, nos hacía escuchar sus manifestaciones: "Nuestros jefes nos visitan, tenemos fiesta y tenemos bandera", decían algunos; otros, más exaltados, entre risas y rabia mal contenida, decían: "La verán nuestras madres cuando la paseemos triunfante por todos los rincones del país, ya libre de invasores y opresores." IBORRA.



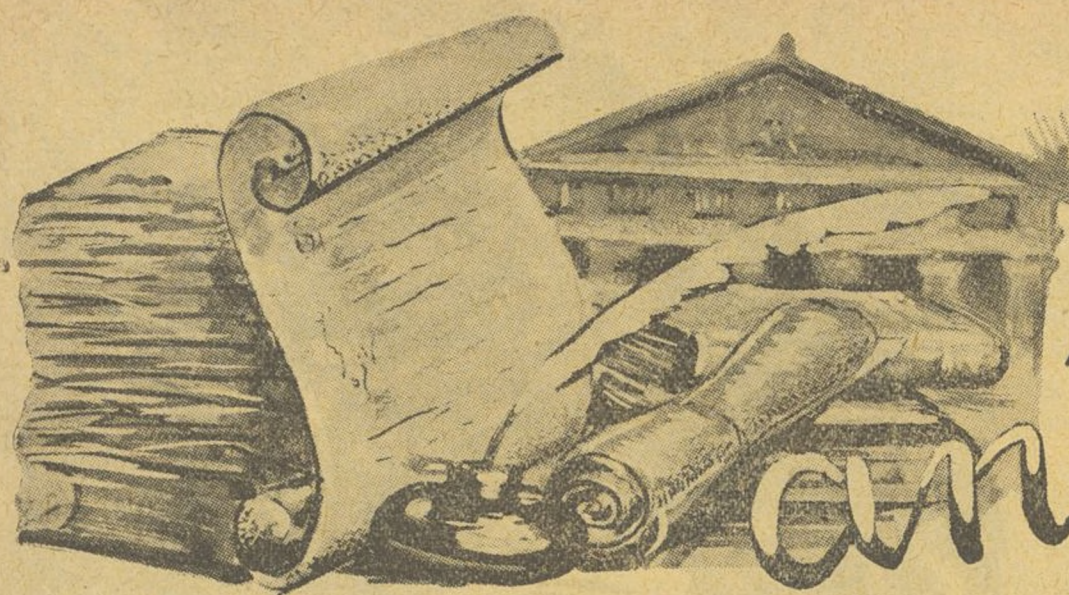




¿Qué luminosa estrella  
sobre tu cielo, España?  
¿Qué venturas o duelos  
profetizan tus actos?  
Los ángeles en coro  
en nombre de tus muertos.  
¿Qué mensaje de paz  
traen a los hombres?  
¿Aún te aguardan mayores  
cruces que soportar?  
¿Transcurrirán oscuros  
otros meses amargos  
hasta que te levantes,  
tierra de hermosas vidas,  
asombro de naciones?  
Se extiende el borrón negro  
mientras prosigue el crimen  
y hay hombres que desprecian  
tu fama y tu destino;  
sin embargo, te hubiera  
preferido por madre  
a seguir por la senda  
de los que traicionaron,  
destructores del mundo,  
que blasfeman de Cristo  
combatiendo a los pobres.  
Navidades. Campanas.  
Estruendo de cañones.  
Corazones en alto.  
El mar de Cataluña  
brillante en sus orillas.  
Madrid como una estrella.  
En ningún tiempo hubo  
Ejército tan noble.  
Con él marcha la vida  
hacia la primavera.

STANLEY RICHARDSON.





# La Antigüedad

## GRECIA

### III.—LA LEGISLACIÓN DE LICURGO.

Después de introducir el pudor y la reserva en las uniones, no se preocupó menos Licurgo por desterrar de ellas cualquier clase de vanos celos femeninos. Claro que le parecía bien excluir del matrimonio el desorden y la licencia, pero consideró útil para el Estado permitir a los hombres honrados la libre procreación de hijos. "Sólo se conservaban a los niños sanos. Por lo que respecta a los demás, se los suprimía sin contemplaciones. No tenía toda la educación otro móvil que proporcionar al Estado combatientes vigorosos, hábiles, sin miedo, e inculcarles un espíritu de solidaridad inquebrantable. En una palabra, crear hombres de acción y no parlanchines... Por otra parte, Licurgo inculcó a los espartanos hábitos tales, que no conocían ni anhelaban conocer la vida privada, sino que, al igual que las abejas, estaban fuertemente ligados a la cosa pública, se agrupaban alrededor de su rey, se olvidaban de sí mismo por amor a la gloria, y no vivían sino para la Patria."

Fué esta Constitución comunista-militar la que permitió a los espartanos mantener su supremacía en el Peloponeso, y, finalmente, batir a los atenienses (año 404 antes de Jesucristo) y obligarles a capitular. Así se evidenció el Estado espartano a los espíritus superiores de la Grecia antigua, como Platón y Aristóteles, un a modo de polo firme en la confusión de los Estados griegos.

La Constitución de Licurgo era célebre en toda la antigüedad dentro del radio que abarcaba la civilización griega. Se convirtió en ideal de gran número de pensadores, y hasta quizá comportara el objetivo que persiguieron las sublevaciones de esclavos, que más tarde estallarían en el Imperio romano.

En realidad, el Estado de Licurgo suponía un Estado aristocrático y guerrero. Unicamente se apoyaba sobre el trabajo de los ilotas, gran población de hombres no libres, que constituían los verdaderos medios de producción y pertenecían al Estado en calidad de propiedad común. Así se preocuparon los espartanos uno de los mejores factores del progreso humano, o sea el trabajo productivo. Su comunismo no consistía más que en una comunidad de posesión y usufructo, aunque no de producción. A decir verdad, no era la suya una educación, sino un verdadero amaestramiento, con miras a la formación de dominadores y guerreros. La ausencia completa de democracia, que hubiera podido retenerlos hasta cierto punto, así como el desprecio que profesaban para el arte y la filosofía, que hubieran podido ennoblecer su vida intelectual, y, sobre todo, la importancia que otorgaban a los ejercicios gimnásticos y guerreros, hicieron de ellos vecinos aguerridos y amos implacables. Para prevenir cualquier sublevación de los ilotas, como la que estalló en el año 464 antes de Jesucristo, los espartanos se entregaban de cuando en cuando a matanzas de aquéllos, con objeto de suprimir a los más valerosos e inteligentes.

La moral que Licurgo inculcó a sus conciudadanos era una moral que perseguía exclusivamente fines de orden político local, no una moral individual y humanitaria. De todos modos, debió de ser una raza notable la que crearon estas condiciones de existencia, e igualmente habrían producido

hombres notables, desde el punto de vista intelectual, si a la educación meramente física, guerrera, se hubiera añadido una educación intelectual y moral. Porque cuando, en el siglo III antes de Jesucristo, cayó bajo la influencia de la filosofía jónica y de la ética estoica cierto número de nobles espartanos, manifestaron, desde luego, unos caracteres heroicos. Un espartano fué, en efecto, el primer mártir del Comunismo.

### IV.—AGIS, PROTOMÁRTIR DEL COMUNISMO.

Las guerras y el botín que ellas permitían acumular minaron a lo largo de los siglos el comunismo espartano. La participación victoriosa de Esparta en las guerras de la independencia empeñadas por los jonios contra los persas (492-479), así como las luchas por la hegemonía en Grecia, que estallaron cuatro décadas más tarde y provocaron la guerra del Peloponeso (431-404), amén de las que siguieron hasta el 371, reportaron a los espartanos mucha gloria, mucho oro y mucha plata, pero también derrotas catastróficas y un profundo quebrantamiento interno, acabando con todas las instituciones ligadas a la legislación de Licurgo.

Relata Plutarco: "El comienzo de la decadencia del Estado espartano se remonta a la época de la victoria sobre los atenienses, que hizo penetrar en la ciudad una ola de oro y plata..." Cuando se insinuó en Esparta la necesidad de oro y plata; cuando la posesión de riqueza provocó la ambición y la codicia; cuando los goces materiales engendraron la vida de desenfreno, el afeminamiento y el amor al lujo, perdió el Estado la mayor parte de sus cualidades.

Durante todas estas guerras había desaparecido la antigua igualdad entre los ciudadanos. "Los ricos y los aristócratas—escribe Plutarco—adquirían una cantidad considerable de bienes privando a sus parientes de sus porciones de patrimonio. De esta guisa se concentraron con rapidez las riquezas en un pequeño número de familias. Como compensación, se entronizó la pobreza en la ciudad... Ya no quedaban de los verdaderos espartanos más de 700, y entre ellos quizá no se encontraran más de 100 que poseyeran tierras todavía. El resto del pueblo continuaba viviendo en medio de la miseria y el desprecio, lo cual trajo la consecuencia de que perdiese todo valor y todo deseo de participar en guerras exteriores, y aguardaba constantemente la ocasión de hacer una revolución violenta y proceder a la transformación del orden existente."

Agis era de casa real, y pertenecía a una de las familias más ricas de Esparta. Parece que conocía la filosofía estoica. Le distinguían sus magnas capacidades intelectuales y una gran nobleza de sentimientos. Aunque por aquella época no hubiese cumplido aún los veinte años, y aparte de haberle educado de manera delicada y en la abundancia su madre, Agistrata, y su abuela Arquidamia, renunció a todos los goces materiales y volvió a la antigua soledad espartana, o, conforme decían los estoicos, a la naturaleza. Agis declaraba asimismo que "le sería completamente indiferente la dignidad real, si no pudiera, merced a ella, restablecer las antiguas leyes e instituciones". Pronto adoptaron con entusiasmo sus ideas los jóvenes, mientras se pronunciaban contra él los ancianos y las mujeres.



# Arte



"Paisaje fantástico"



"La maja desnuda"

1740

GOYA

1828

Finalizaba el siglo XVIII. El arte, que tanta brillantez había alcanzado en el transcurso de este siglo y del anterior, tocaba a su fin. Toda la grandeza que hasta entonces había tenido desaparecía, iniciándose la decadencia del arte español.

Viene a España un crecido número de pintores extranjeros, llamados por la Casa de los Borbones, que quiere a toda costa crear un arte nacional. No lo consigue, claro es, ya que un arte no se puede implantar como cualquier mercancía importada. El arte español, a fuerza de influencias extrañas, se ahoga en una atmósfera impotente, se convierte en un arte superficial y académico; acabó la sinceridad y viene el reinado del manierismo y de la receta. Perdióse la tradición del siglo XVII y el amor a la Naturaleza. Nadie pensaba en expresar sus propios sentimientos. Se vivía de lo ajeno. No había otras fuentes de inspiración que la Historia Sagrada o la Mitología. No se daban cuenta que en España, como en el resto de Europa, iba elaborándose una nueva vida, y se olvidaba de que, como dijo Goethe, "el arte sólo tiene una realidad cuando abrimos de par en par las puertas del corazón, para que en él penetren todas las ideas y sentimientos de la época en que vivimos". Y fué Goya quien realizó la obra redentora. Este pintor, de espíritu observador y analítico, vió y estudió a su pueblo y a su tiempo. Fué el verdadero pintor de las almas de éste y de cada personaje individual. En esto Goya nos engaña menos que Velázquez. Este no va de acuerdo con los tipos morales que nos muestra la historia de su época; en cambio, Goya sí. Para su observación no había jerarquía ni clase que le impidiese ver al individuo moral que iba a retratar. Pinta Goya a gente del gran mundo que ha aprendido a disimular sus pasiones y el impulso de su alma; pero no existen secretos para este gran observador de ella. Y así, Goya baja al pueblo. Se satura de sus costumbres y de su carácter. Y cuando pinta su colección de tapices, lo hace con esa magistral expresión que recoge la sana alegría del pueblo, sin fingimiento ni hipocresías. Expresa aquel contento de la época de Carlos III y Carlos IV, en que nobles y plebeyos se divierten, y tiene entonces la virtud de recoger en sus cartones los más brillantes destellos de la vida nacional. No le importa falsear el natural para ofrecernos la riqueza cromática de su paleta. Continúa Goya su gran obra de psicólogo. En su colección de retratos pinta la familia de Carlos IV, en la que cada figura dice de su alma. La expresión

del rey, que a pesar de ser seria y altiva es la de un pobre hombre a quien Godoy va a reemplazar siempre que a su esposa María Luisa se le antoje. En Goya no hay que buscar la nota mística. Toca rara vez los temas religiosos. Cuando lo hace son pretextos para la vida anecdótica de su tiempo o para una sátira. Uno de los aspectos también importante de la obra de Goya es la fiel interpretación del tipo femenino representado en sus majas, y sobre todo en esa bella desnuda que, recostada sobre los almohadones y un paño, con los brazos levantados y las manos enlazadas detrás de la cabeza entre los ondas de su sombrío pelo, nos mira con ojos flechadores.

No estarán de acuerdo sus proporciones con las reglas clásicas. Tampoco Goya pretende esto. Lo que ha querido él expresar lo ha conseguido, y ha sido, como siempre, fiel a su observación. "No es una beldad; es algo más peligroso aún: una bruja joven que fascina y hace sortilegios, una tentación de asceta. Diríase que la maja desnuda reposa sentada, aún con los ungüentos fríos de que habla Cervantes en *El coloquio de los perros*, de vuelta del sábado, donde ha practicado ritos de hechicería." Vive Goya todas las jornadas de la España desafortunada al ocurrir el motín de Aranjuez. Cuando todos callan, muchos huyen en la confusión del torbellino invasor napoleónico, Goya, espíritu revolucionario, se une al pueblo hasta confundirse con él. Vive sus horas inquietas y pinta sus episodios. El vió aquel fusilamiento en la Moncloa. Le impresionó tanto, que nos lo representó con viva expresión. Lo ético llega a ser en el arte de Goya más importante que el factor técnico o valor cromático. Y ahí están sus dibujos y grabados, por los que llega a convertirse en un educador y guiador de su pueblo. Es toda una colección de máximas morales, de sátiras y críticas a las pasiones, mentiras y supersticiones de entonces, cualidades y defectos que él pudo comprobar tan de cerca. Más tarde pierde el oído, y esto motiva, quizá, el que se adentre aún más en sí mismo, creando entonces la colección de pinturas negras, en las que su fantasía se ve desarrollada con fuerte impulso genial, y que son como latigazos a aquella sociedad en que vivió, tan pobre de equilibrio y tan falta de razón. Ya al final de su vida, fué a morir a Burdeos, donde huyó, perseguido por sus ideas revolucionarias, en 1828. Nació en Fuendetodos, en 1740.

A. C. S.





# DICIEMBRE

## SUMARIO

Editoriales.—La batalla del Ebro, por Antonio Escribano.—Tareas del Comisario, por Martín Alcalá Ruiz.—Zapadores, por E. Fernández.—La defensiva, por J. Luis Vázquez.—La salud mental en la guerra, por Francisco Acebes.—Semblanza de un luchador: Pablo Iglesias Posse.—Entrega de la bandera a nuestra División. — Cristo sangrante, por Manuel Yuste. — También la 50 y 90 Brigada reciben su bandera. España en Navidad, por Stanley Richardson.—La antigüedad Grecia.





# **FUNDAMENTOS DE NUESTRA MORAL**

**POR**

**A. ASENSIO LOZANO**



**Conferencia pronunciada en la  
Escuela de Capacitación Militar  
del IV Cuerpo de Ejército por  
el Comisario de la XII División**

Ayuntamiento de Madrid



Fu

Cam

Por

sario I

Repúbl

con su

mos fo

instituc

dilatar

de ext

sencia)

la inva

nia ma

(el ma

tener

las añ

añagaz

present

pejada

y los

indicio

gicos

vertido

tado a

rencia,

un ins

belado



## Fundamentos de nuestra moral

### Camaradas oficiales:

Por primera vez en mi ya larga actuación como Comisario Delegado de guerra de este glorioso Ejército de la República española, que unos con su inteligencia, otros con su perseverancia y todos con nuestro sacrificio, estamos forjando para dotar a España y a la República de la institución armada que le permita hoy (en un hoy que se dilatará tanto como dure en nuestro país la permanencia de extranjeros y mercenarios que lo infaman con su presencia) vencer sobre los designios de los extranjeros que la invaden con la pretensión de convertirla en una colonia más, sujeta a sus ambiciones imperialistas, y mañana (el mañana que alboreará con la liberación de España) tener garantizados sus derechos y su existencia frente a las añagazas de fuera y las traiciones de dentro. Estas añagazas y esas traiciones, que en el futuro no pueden presentarse sin que inmediata e inflexiblemente sean despejadas y abatidas. Si el 18 de julio de 1936 no lo fueron y los primeros chispazos de la traición y los primeros indicios del soborno se propagaron hasta adquirir los trágicos resplandores que hoy la traición y el soborno convertido en invasión tienen, culpa fué de no haber contado antes con esa institución armada a que hago referencia, que uniese, a unas certeras nociones de su deber, un insobornable sentido de su españolidad. El Ejército rebelado, hay que confesar que no lo tenía. No lo tenía por-



que no era el Ejército de España. Era una institución surgida de unas clases o de una casta y, por lo tanto, puesta al exclusivo servicio de estas castas o de esas clases. Pero no nos desviemos hacia enunciandos de nuestra disertación, que queremos que vengan a ella en el momento oportuno, cuando mejor convenga a la ordenación de los puntos que nos hemos propuesto tratar. Por primera vez, decía, en mi actuación como Comisario sustituto con la rigidez de una oración de antemano trazada y con serenidad perfilada, a las problemáticas torrenteras de la improvisación con que casi siempre me he presentado a un auditorio, fuese éste de la clase que fuere. Sereno e iniciado en una disciplina y sujeto a unas reglas, cual éste, o predispuesto a las calcinadas emociones de entusiasmo de esos que gustan de las oriflamas verbalizadas, con mucha altisonancia en las oraciones y con no poca profusión de latiguillos y de lugares comunes. Lo hago premeditadamente así porque cada día son más poderosos los flujos de la responsabilidad en mí. Inquieto y sobre manera preocupado por la suerte que mi Patria está corriendo en estos avatares de la guerra, no quiero cooperar con el más leve desliz, de palabra o de obra, a que se prolongue ni un minuto sólo el final de un litigio cruento y doloroso, la precipitación de cuya solución, la solución digna y única que nosotros apetecemos y lograremos, aunque sólo sea en el breve plazo que expira en una hora, tantos estragos económicos y humanos nos evitaría hacer. Una palabra inoportuna, un gesto innecesario o una gestión impensadamente iniciada puede contrastar notoriamente con flagrante perjuicio para nuestra causa, con los miles de sacrificios y con la cima de sinsabores que diariamente se están haciendo y degustando. Y una palabra inoportuna sería facilísimo que se deslizara en una oración sujeta sólo a las reglas de la improvisación. Que si en cualquier lugar



sería lamentable su efecto, más lo habría de ser en un sitio como éste, donde la capacidad de creación de que está dando pruebas el pueblo español ha abierto, como en tantos otros sitios, unas aulas para que en ellas penetren a mejor templar su espíritu y a disciplinar más su conocimiento en unas artes y en una ciencia, la militar, hombres, casi todos ellos en plena sazón de sus condiciones físicas, que si a algo han vivido ajenos ha sido a estas preocupaciones militares y bélicas. Y sin embargo son ellos, vosotros, los que han cargado sobre sí la responsabilidad comprometiéndose a realizar la misión, por múltiples causas reputada de gloriosa, de limpiar por la fuerza de sus armas a España de traidores y de invasores y de elevarla, por este hecho que tan pocas naciones han sido capaces de realizar, a la condición de primerísima potencia entre todas las que pretendan hacer del derecho de gentes un canon y de la libertad humana un derecho jamás extinguido y por siempre inabitable.



## La inmoralidad pasada y la moral presente

Estas y no otras son las causas que me decidieron venir aquí, ante vosotros, trayendo bajo el brazo mi carpeta, no con unos breves apuntes que me sirvieran de andaderas en esta disertación, fiando lo demás a la improvisación o a la inspiración, sino con lo que quiero sea esta edificación oratoria bien meditado, definido y construido. Y aunque estos motivos no existiesen, la gravedad—¿por qué no la importancia?—del tema que me he propuesto tratar, creo que bien lo merece. Se trata, nada menos que de definir lo que es o debe ser la fuerza que impulsa a nuestro Ejército en sus decisiones o en sus acciones. No la tenía, y con ello entramos ya en lo que es nervio de nuestra conferencia, la institución militar que privaba en España con anterioridad al 18 de julio de 1936 y por ello nos vimos abocados a esta trágica situación actual. Pero esa situación de inmoralidad o amoralidad no era privativa ni exclusiva del Ejército. Se chapuceaban en esa charca muchas de las clases españolas. Preferentemente el alto clero, las oligarquías del dinero y de la tierra y cierta clase de intelectuales que, haciendo tabula rasa de los valores humanos que han de asistir a toda saber para que se convierta en cultura y con ello ser la inteligencia en sí un medio y no un fin, se han dispuesto a ser, en vez de guías de una generación que ansía marcar con su paso un hito en la historia de este desventurado país, monteros en una montería de intereses de la que son los pobres militares sublevados, la jauría que despiadadamente corre tras la presa desvalida que ofrecer, humildes, a los pies de sus amos. Todos se han movido por intereses. Intereses materiales, afanes de predominio económico, en una palabra, motivos gastronómicos o impulsos primarios



de seres en situación inferior, que si nunca han conseguido constituir valores morales, hoy lo son menos, por los deseos de paz, por las ansias de convivencia que se acusan en la humanidad. Fueron esos deseos pacifistas, aunque nunca se pudo lograr la convivencia, lo que han hecho que en Italia y Alemania se encaramasen en el poder quienes, por un proceso psicológico que sólo los españoles han sido capaces de comprender, se habían de convertir en los más descarados enemigos de la paz. Y de la convivencia nada se diga. Esta es imposible de lograr ya, no sólo entre las clases de los propios países mantenidos bajo la tutela de Hitler y de Mussolini, sino que éstos no pueden mantenerla ni con los propios países de la situación europea. Ya no sólo no hay paz en Italia y Alemania; sus ciudadanos están obligados a luchar constantemente en Abisinia, aquí en España y se yerguen amenazadores por la fuerza de sus armas, ayer, en Austria, hoy, un hoy que todavía no ha podido declinar a pesar del despojo, ante Checoslovaquia; mañana... Si la guerra de España se hubiese extinguido ya, nadie nos dice, ni menos nos garantiza, hayan sido Alsacia y Lorena descartadas del plan de las conquistas "nazis". Y si éstas no lo fuesen, si el dictador alemán no pensase en la anexión a su territorio de las dos provincias hoy francesas y cuyo derecho a posesión anda en litigio entre franceses y alemanes desde hace varias décadas, ¿no andan por medio unas necesidades coloniales que pueden ser el espolique de futuras aventuras o el motivo de próximas amenazas guerreras? No lo olvidemos: desde que nuestro Quevedo dijo aquello de "Poderoso caballero es don dinero", si antes ya no lo fuera, la potencia conómica se ha convertido en una deidad. Hay quien dice que, al llamarles señor, nuestro moralista no sólo lo personifica, sino que lo personaliza. Y así es en realidad. ¡Ah! Entonces ¿a qué esas pretendi-



das batallas en pro de la civilización y del progreso. Mentira, todo mentira. Y vamos a concretarnos al problema español. El motor que ponía en movimiento a las castas, mejor que las clases españolas sublevadas, era el dinero. Para que obrasen, para que se moviesen en cualquier esfera o acción era inútil que se invocase la hidalguía de la raza, el sentimiento de nuestra españolidad, las responsabilidades de nuestro destino, que nos obligaba, no sólo a mantener siempre fresco el tesoro de las grandezas que nos legaron cinco siglos de creación y de progreso, sino que había que incrementarlo con nuestras aportaciones presentes. Vano empeño. La oración se volvía pasiva. Don Quijote procuraba convencer al ventero, para no pegarle, de que el armado caballero no necesitaba blanca para acometer sus hazañas. La raza de los hidalgos metidos a caballeros andantes, desfacedores de entuertos por el solo deseo de hacer méritos que exaltar ante la mujer que le enamorara al verla diez años hacía, ha venido degenerando hasta parar en estos pobres mercaderes que apelan a todo, vendiendo inclusive su Patria al extranjero, con tal de mantener incólume su poderío económico. ¿Y el pueblo? ¡Ah! No mentéis al pueblo, os lo ruego; ese no jugaba para nada en la clasificación de valores que se hacían en nuestro país por los expendedores de patentes. Si para algo contaba era para despreciarles manteniéndoles en una situación vejatoria de depauperación económica y cultural. ¿No lo habéis visto en nuestros campesinos andrajosos y famélicos, en los obreros de fábricas, talleres y minas, que se desenvolvían en una precaria existencia y que por cada mejora económica que conseguían, para aliviar su situación general, habían de sostener grandes luchas contra el capitalismo, contra las castas, que eran otras tantas pruebas a que se sometían, poniendo en evidencia su capacidad de resistencia frente a



hambre que les asediaba y frente a la represión gubernamental que les demolía? Y, sin embargo, el alma de la raza está ahí. La estulticia y la ceguera no les consentía verlo. ¿Y por qué no la egolatría, el enfautamiento, el creer demasiado en sus cualidades morales? No se podía tener este concepto de sí mismo manteniendo el vejatorio y despreciativo que sentían hacia los demás, cuando la vida que habían logrado forjar era de lo más anodino y de lo más inmoral que se ha formado. La vida interior y la exterior. Tal vez ésta no sea más que un reflejo de aquélla. El país, en general, ofrecía, mientras lo rigieron quienes se sublevaron, un aspecto lamentable. Vosotros lo debéis de recordar mejor que quien os habla. ¿A qué, pues, tratar de reproducir hechos y situaciones que, por sabidas, ya están ajadas, casi olvidadas? Pero no olvidemos que lo que más ha cooperado a disipar estos recuerdos ha sido la propia situación presente de la España que vosotros conocéis, la que permanece adscrita a la dirección del único Gobierno legal que existe en el país. Esa situación de nuestra mejoría presente hace que se disipen o que apartemos espantados las proyecciones que nos vienen del pasado. La situación cultural y económica que se da entre nosotros se puede decir que no ha existido, desde hace mucho tiempo, en España. Registrar como buena esta afirmación: en el otro lado ésta no existe. ¿Por qué si no se rebelaron las castas contra el Estado y el pueblo se levantó para luchar en su favor? Para conseguir, nosotros, esto que con el sacrificio de todos y con la general satisfacción estamos manteniendo, y ellos, las castas, para continuar la leyenda negra de una España inculta, pobre, de la que se decía que era el baldón de Europa. El espíritu de Don Quijote alienta y se anima en la acción que el pueblo español está realizando. La raza nuestra, descubridora de continentes y creadora de pueblos, no ha



muerto, ni siquiera languidece. Todos estos valores morales viven y alientan en el pueblo español adherido a la causa republicana que en la fábrica, en la oficina y en el laboratorio trabaja afanosamente por que la miseria que sobre España se cierne, como consecuencia de esta guerra que traidores y extranjeros nos hacen, sea lo menos dolorosa y larga posible; que España salga de ella fortalecida y regenerada, y, en las trincheras, lucha y muere nuevamente fascinado por los áureos fulgores de un ideal.

El día 19 de julio de 1936, la del alba sería, cuando el quijotismo nuestro salió de nuevo a la calle en busca de aventuras que contar...



## Arrojar la invasión es lo que importa

Desde los primeros días del movimiento las masas populares, obreros y campesinos, ciertos intelectuales y muchos de los que componen esa despreciada y ridiculizada clase media, que tanto y tan decisivo papel puede jugar en un movimiento de las características del que estamos sofocando (no olvidemos la experiencia alemana e italiana), hicieron clara demostración de su fe en los destinos de España y de sus afanes liberales y democráticos. Lucharon como sólo pueden hacerlo los iluminados, los que anteponen a cualquier concepto material su fe ciega, su creencia absoluta en las misteriosas potestades de un ideal. La conciencia moral del deber se impuso por sobre la "cenes-tesia orgánica de la fuerza física". ¿Cómo si no fueron capaces de lanzarse a una lucha tan desigual los combatientes del 18 de julio? "La fe crea y avasalla". Es verdad. Vosotros lo habéis podido comprobar. Sólo la fe pudo obrar el milagro de evitar que, en los primeros días del movimiento, venciese la facción. La fe inflamaba el pecho de nuestros milicianos, arrojándoles en esa acción que no es tanto un vivero de heroísmos como una ejemplar ejecutoria que se muestra a extraños y admirados, de cómo un pueblo puede luchar y vencer de sus enemigos de fuera y de dentro cuando siente en sí los imperativos de su destino. Porque conviene que aclaremos ya esto que pudo ser una incógnita para algunos, pero que ni lo es ni lo puede ser para todos: A los pocos días del movimiento ya se vió bien claro que la traición consumada contra el Estado desde dentro lo había sido porque se contaba de antemano con la ayuda exterior. Una ayuda que, para consumarse total y decididamente, necesitó manifestarse con las primeras expediciones de extranjeros alemanes e ita-



lianos llegados a España en el mes de septiembre de 1936.

Ya entonces se vió bien claro los propósitos de luchar y vencer que animaban al pueblo español. No se diga para desmerecer esto y reducir la cuestión a un mero "modus vivendi", que las clases populares españolas se decidieron a ir a la lucha por el botín que columbraban en lontananza. No negamos (eso sería querer desfigurar la realidad histórica predominante en aquellos hechos) que en los primeros días del movimiento la tónica que predominaba en las decisiones de las masas populares era el creer, y el querer, que de esa contienda que se creía fugaz saliese triunfante la inquietud o la preocupación ideológica que cada sector antifascista aportaba a la lucha. Pero aquello se disipó, ¡ay!, demasiado pronto. La realidad se encargó de ir centrando las actividades de todos los españoles, fieles al régimen republicano y afanosos de la integridad territorial de España, haciéndoles converger a todos en una misma ambición y en un solo deseo: conseguir la independencia española, librar a nuestro territorio de los que habían venido a invadirle, facilitados y amparados por los que, más atentos a sus intereses que a su condición y a su porvenir de españoles, no habían dudado en consumar esa traición. Ya entonces se pudieron calibrar bien las virtudes morales que alentaban en el alma del pueblo. Y podemos decir, permitiéndonos desmentir a cierto pretendido constructor de nuestra ética y de nuestra moral, que he aquí cómo nuestro pueblo, con los ojos abiertos para no dejarse seducir por la añagaza de un oro y de un bienestar que se le ofrecían, contrayendo los brazos y con un gesto de repulsión hacia los nuevos goces prometidos, asiste al revivir de su ética tradicional, "que le dió carácter histórico, porque fué producto de su vida y norma de su acción". "Los nuevos valores morales" se mantienen bajo los signos fervorosos que antaño los ani-



de 1936. Y el ansia de vivir, tanto más despierta cuanto más se presiente lo que puede ser la vida purificada en el ara de la lucha y del sacrificio, nos dice que la "sangre restauradora" no es el dinero, símbolo de tantas abyecciones como se han registrado en Europa en estos últimos tiempos. El dinero puede considerarse por algunos sectores como estímulo de acción o como medio de gozo, nunca como ideal moral. A no ser que ese ideal moral sea la ciénaga que era la "buena sociedad española" antes del 18 de julio de 1936. En un afán de superación constructiva, cara al sol de la libertad y el progreso que en España puede ser, bajo el signo del régimen republicano, el ideal moral es ese que se perfila en las puntas de las bayonetas populares y que alienta en cada pecho de hijo noblemente español.

El español, que durante tanto tiempo paseó por la piel de toro de su territorio su faz de cadáver y su falta de querencia, tiene hoy ante sí y por la decisión que nace con su resurgimiento, una noble misión que cumplir. Que ella sola pueda ser todo un decálogo de la nueva ética y moral española.



## Rutas de ideal y de progreso

Ya tienen los españoles, ante sí, una labor que cumplir y un afán para todos los días que lograr que los movilice y que los inquiete, acuciándoles perennemente al trabajo y a la meditación. Y, de entre todos los españoles, quienes más han de sentir esta necesidad sois los que estáis encuadrados en las filas del Ejército Popular. Pero conviene que se diga. Las primeras premisas de ese afán han de ser las de lanzar de nuestro territorio al invasor. Y no es posible la paz ni por ella el bienestar y la felicidad que nosotros queremos construir, mientras exista en nuestro territorio una planta extranjera que le infame. Por eso debéis de luchar y eso es lo que os ha de animar en la lucha. Obtendréis con ello unas condiciones que al Ejército rebelado le estaban negadas. Y, sobre todo, no olvidando ni un solo momento que sois un Ejército puesto al servicio del Estado español. El Estado español, que, entendedlo bien, no es éste ni el otro Partido, ésta ni la otra clase. Es la representación de todos los españoles que, en este momento trágico de su historia, trabajan y luchan por mantener incólume su prestigio. No vamos a entrar aquí en las definiciones, más o menos abstractas o divinizadas, que Hegel hacía del Estado. Para nosotros éste no es un ente metafísico, ni menos una deidad supraterrrenal que se yergue amenazadora por encima de todos, equidistante de todas las pasiones, obligándoles a correr por los cauces de una legalidad previamente estatuida y con iguales influencias para la generalidad de las gentes. No. Para nosotros el Estado es la encarnación de nuestra voluntad y de nuestra decisión de gobernarnos. Es una autoridad que previamente hemos designado y establecido para que regule y encauce nuestras relaciones nacionales e internacionales. Y



si nosotros lo hemos designado y establecido, la fuerza que constituye el Estado, la representación de la nación que éste es, la acatamos y nos disponemos a cumplir sus mandatos y a defender sus fueros. Los del Estado republicano han de ser intangibles, porque fué la mayoría de la nación quien libremente y con los derechos que le confiere el sufragio universal, lo instituyó. Desde que esto aconteció han venido rondándole, para destruirlo, las garras de una minoría mal relacionada con el Estado, que ni se avenía a aceptar sus mandatos ni a acatar los designios de la mayoría del pueblo español. La última tentativa de destrucción fué esta guerra que nos están haciendo. Una guerra que, ya lo hemos dicho repetidas veces, está hecha por los españoles mal avenidos con el régimen republicano y por los extranjeros que aprovecharon ese descontento para clavar en nuestra economía sus garras de aves de presa. En esta situación, ¿cuál es nuestra misión? Nosotros fuimos quienes proclamamos, con nuestro voto, la República, y al verse ella amenazada por quienes pretendían destruirla, no dudamos en cambiar nuestras ideas pacifistas por los deberes que el momento nos imponía y fuimos militares. Como militares hemos de cumplir con nuestro deber de la misma manera que lo supimos hacer como ciudadanos. Demasiadas limitaciones tenía la monarquía española para permitir el desarrollo que el pueblo español necesitaba y cayó. Si la monarquía no hubiese perecido, ¿qué sería a estas horas de España? Sería lo que España es en la parte que está supeditada al yugo fascista: un mercado donde van a extraer los productos que necesitan para fortalecer su situación económica particular los negreros de todo el mundo. Por salvar a España nosotros instauramos la República en 1931. Por salvar la República estamos liberando a España ahora. Que esta convicción se clave en vosotros y adquiera de por sí la cate-



goría suficiente para movilizaros en todos los aspectos de la vida que estáis realizando. Es un deber que habéis adquirido y, por él, habéis de llegar hasta los mayores sacrificios.

La República, mejor dicho España, necesita un Ejército que le permita salir de esta situación actual suya y que le garantice su libertad y su independencia futura. El actual todavía tiene muchas lagunas y defectos que hemos de superar. Esta superación es fácil de conseguir cuando se tiene el convencimiento de que la organización militar es imprescindible en una nación bien precavida de su prestigio y de su valor. La perspectiva de una guerra no debe desaparecer nunca del horizonte militar. Porque ya lo hemos visto: no ha bastado que nosotros nos declarásemos pacifistas a ultranza, que consignásemos en nuestra carta fundamental el deseo de vivir en paz y en buenas relaciones con los demás países europeos y del continente. Estas apetencias pacifistas nuestras, que llegamos por ellas hasta desentendernos de que necesitamos mantener un Ejército potente que nos las garantizasen, no se han visto correspondidas como merecían. El Ejército, el enclenque Ejército con que contábamos se rebeló contra el Estado que nosotros habíamos proclamado y de fuera vinieron fuerzas no despreciables con el afán de someternos.

Hemos hablado de la potencia del Ejército que necesitamos. ¡Ah! ¿Esa potencia es sólo en orden a los efectivos militares con que se cuentan? No. Si eso hiciésemos, si viviésemos sólo atentos a la organización de esa potencialidad material, no habríamos conseguido hacer más que un Ejército de mercenarios y de esclavos. Una buena masa dispuesta siempre para que cualquier demagogo o aventurero la embarcase en una empresa tan suicida y tan peligrosa como la que estamos ventilando. Y eso ni le interesa a la República y ni siquiera a la propia nación. Deben concurrir otras circunstancias en el Ejército, tan importantes



y tan decisivas como la propia eficacia de los armamentos con que se cuenten y de los hombres de que se componga. Estas son las de la formación política de los militares. Que nadie sienta regocijo excesivo ante esta afirmación. Que no piense siquiera ni en la posibilidad de que el Ejército se convierta en un campo abonado para sus experimentos y sus pretensiones partidistas. Si eso se hiciese ya el Ejército no sería el que estuviese a disposición de España, ni menos del régimen republicano. Sería o podría ser, el Ejército puesto al servicio de un Partido indeterminado que valdría tanto como el Ejército rebelado que estaba al servicio de unas castas. Y eso ni nos conviene a nadie ni le interesa a España. España, que si ha de triunfar en esta contienda que tiene empeñada y ha de conseguir estructurarse en un régimen de paz, de libertad y de progreso, ha de ser con el concurso y la asistencia de todos sus hijos; los que de verdad la sientan en los entresijos de su conciencia y la lleven bien impresa en el velamen de sus preocupaciones. Ese es el ideal político que nosotros perseguimos: elevar el sentimiento español a la categoría de una ideología o de un postulado para que todos los militares sepan sentirlo y comprenderlo y disponerse, por él, a los mayores sacrificios y a todas las luchas posibles que quieran desencadenar los que contra él atenten. Pero ¿y la actuación política, la que hace a los individuos consagrarse por entero al triunfo de un ideal con el que quieren encauzar y canalizar la vida de su nación? Ese es un terreno demasiado escabroso para que por él discurra la organización militar. Si eso hiciese volverían de nuevo a darse aquellos episodios bochornosos de que tan esmaltada estuvo la historia del siglo XIX. Aquellos que se conocieron con el españolísimo nombre de los "pronunciamientos" militares. O, en el caso peor, el hecho que realizaron los militares sublevados que, despreocupados por entero de la organización militar del país, se de-



dicaron a conseguir un jefe de Estado o un jefe de Gobierno como quien se decide a conquistar una "cota". Para eso están los Partidos. Que ellos, con sus inquietudes y con sus preocupaciones, movilicen los sectores de opinión que les permita gobernar. La misión de los militares es sólo la de respetar los designios de la opinión española, aceptar sus Gobiernos y defenderlos contra las minorías que pretendan derrocarles en el interior y contra los que desde fuera poseen en nosotros sus voraces apetitos con el afán de supeditarnos para empobrecernos o aniquilarnos. Pero ¿eso ya es el ideal de independencia? Claro que sí. ¿Y queréis otro mejor para movilizar vuestras acciones, agudizar vuestra inteligencia y crear los valores morales que os hagan arraigar y echar raíces en el Ejército? Nosotros creemos que no y ahí os señalamos los fundamentos de vuestra moral. Aceptarlos como buenos y cumplir con fidelidad y con abnegación vuestros deberes. Que rutas de ideal son las que vosotros debéis de seguir, manteniéndoos siempre en una pureza de intenciones y en un estado de abnegación envidiable para los que, en el proceloso mar de la vida, andan preocupados y aun atormentados por las pasiones y por los enconos. Que ellos, los hombres no militares, se afanen en la consecución de sus ideas por los medios que consideren lícitos. Vosotros vivid sólo atentos a la salvación y la seguridad de la Patria. Que la inquietud de que ésta se vea amenazada mantenga siempre en vilo vuestra atención y vuestras preocupaciones, y dedicaros a conseguir que el Ejército sea todo lo fuerte que la Patria requiere. Una fortaleza que sepa compaginar bien la potencia de las armas con la potencia de un espíritu bien limpio de intenciones perniciosas y bien pagado del prestigio y del porvenir de la raza española.



de Go-  
". Para  
s y con  
que les  
o la de  
otar sus  
etendan  
a posen  
peditar.  
va es el  
tro me-  
stra in-  
arraigar  
ue no y  
. Acep-  
abnega-  
ue vos-  
una pu-  
avidiable  
preocu-  
os enco-  
n en la  
deren li-  
la segu-  
rea amé-  
y vues-  
Ejército  
fortaleza  
s con la  
rniciosas  
raza es-







**Publicaciones del  
Comisariado de la XII División**